

## CANGUILHEM LEE AL DAGOGNET CRÍTICO DEL NATURISMO

Georges Canguilhem. *Obras completas V: historia de las ciencias, epistemología, conmemoraciones 1966-1995*. París: Vrin, 2018. pp. 695-713.

### Naturaleza desnaturada y Naturaleza naturante<sup>1</sup>

Henri Van Camp (dir.). *Savoir, Faire, Espérer: les limites de la raison*. Bruxelles: Facultés Universitaires Sint-Louis, 1976, 2 vol., vol. I, pp. 71-87<sup>2</sup>.

Los naturismos están de moda. ¿Será suficiente este solo hecho para que el filósofo desista de tomarlos como objeto de examen? La respuesta sería diferente según que se inscriba la filosofía en la eternidad o en la historia. Pero incluso entonces aunque quisiéramos ignorar la actualidad de estos movimientos de regreso, a nombre de intereses filosóficos eternos, se procedería de hecho a su manera, puesto que se privilegiarían los orígenes antes que los desarrollos. Si es claro que hemos de admitir que la historia de la filosofía también tiene ella una historia, es porque en algún lugar la filosofía entra en contacto con la historia. Pero tomar como objeto de su reflexión un fenómeno de moda no le obliga de ninguna manera al filósofo a filosofar según la moda. Se puede proceder al análisis crítico de los naturismos con un severo rigor del que la filosofía kantiana ha dado el ejemplo, claro que en otra época y sobre otras cuestiones.

Y hablamos de naturismos porque la protesta contra la desnaturalización de la vida humana, en sus medios y en sus fines, por efecto de prácticas tecno-económicas de las sociedades llamadas occidentales, se divide (dependiendo de los acontecimientos) en explosiones dirigidas, ora contra la medicina, ora contra la pedagogía y la cultura, ora contra la producción de los recursos alimenticios. Ciertamente el denominador común de todas estas contestaciones es la depuración de una pérdida de contacto directo, inmediato, con esa suerte de absoluto originario,

---

<sup>1</sup> El manuscrito (folios 4-32) y un mecanografiado (folios 33-47) de este artículo se conservan en el dossier GC. 25.21 en el CAPHES, así como elementos de correspondencia (folios 1-13). El manuscrito fue fechado por Canguilhem “fines de mayo de 1975”; un acuse de recibo está fechada 2 de mayo 1975. Este escrito de Canguilhem comparte con “¿Muerte del hombre o agotamiento del *cogito*? ” una manera de tratar una cuestión filosófica fundamental. En 1967, el cuestionamiento filosófico identificado en el título adoptaba la forma de una defensa e ilustración de la obra de Foucault. aquí, es un homenaje analítico a la obra de François Dagognet que actúa como intérprete para tratar de la naturaleza, de lo natural y de las ideologías naturistas. Las afirmaciones desarrolladas en este escrito, que sigue siendo en definitiva bastante poco conocido, prosigue la reflexión comenzada en otro artículo también él relativamente poco notado, “la Cuestión de la ecología; ¿la técnica o la vida?” (<https://www.google.com/url?sa=t&source=web&rct=j&opi=89978449&url=https://publicaciones.unala.edu.co/index.php/sociologiaUNAULA/article/download/951/1208&ved=2ahUKEwjJxOHMz9uRAxWVRDABHVPfGfMQFnoECBwQAQ&usg=AOvVaw32cwQdTN-3iDktA0nwnhqD>). Su conjunción echa las bases de una filosofía crítica del medioambientalismo.

<sup>2</sup> Henri Van Camp (1908-1984), doctor en teología de la Universidad católica de Lovaina (1936), había sido nombrado rector de la facultad universitaria san Luis en 1964 luego de haber sido profesor de esa facultad desde 1938. Nombrado “prelado doméstico” del Papa y por tanto monseñor en 1965, fue durante su rectorado que se crearon nuevas facultades.

de referencia insuperable, con el que soñamos bajo el nombre de Naturaleza. Sin embargo una de esas formas de protesta puede ser considerada como más radical que otras. Es aquella que apunta hacia la técnica de adquisición por parte del hombre, en la persona del niño, de los medios indispensables para la dominación de técnicas incesantemente renovadas por las aplicaciones de las ciencias. Esta técnica es la instrucción, la iniciación por parte de la escuela en la comunicación de los signos para su uso regulado. Iniciación, en última instancia, a la inteligencia de la Naturaleza por medio del desciframiento de las representaciones que la ciencia ha depositado y expuesto de ella en libros, cuadros, máquinas. Someter a un examen crítico lo que designamos personalmente con el nombre de naturalismo cultural es pues, de hecho, preparar la apertura al examen de los otros.

Viendo en la actualidad cómo uno se extasía con la naturaleza, con su presencia permanente, su frescura por fin reencontrada, con la simplicidad de las relaciones que uno puede anudar con ella... uno llega a preguntarse si la conjunción histórica del biberón, del manual escolar, de la lata de conservas, del traje de corte inglés, de la luz eléctrica, del alojamiento urbano... no había logrado, sin que tuviéramos conciencia, volver ajenos y extraños a nuestros contemporáneos, un seno o una ubre, las cosas sin las lecciones de cosas, un huevo de gallina o un diente de león, una piel de animal, el sol, una gruta. Si este daño cultural no es ilusorio, hay que reconocer no obstante que es antiguo y que los remedios que se les ha querido oponer han sido siempre buscados por la misma vía, la que haría entrar en la instrucción a la naturaleza misma, las cosas mismas, que haría que se mantuviera en la experiencia del escolar la presencia quasi-sensible de todas las cosas con las cuales él no puede ya tener relación vivida. Pero ¿será que la instrucción puede escapar a la alternativa: o bien las cosas, o bien su transcripción?

*<< Ruditatis antidotum Eruditio est, quam in Scholis Ingenia imbui debent >>*  
*Ruditas* es en conjunto: inacabamiento, inexperiencia, ingenuidad, ignorancia. Su remedio es la e-rudición, es decir: la instrucción, que es impartida en la escuela. Así comienza el prefacio de Jean Amos Comenius (1592-1670), *ORBIS SENSUALIUM PICTUS, hoc est omnium fundamentalium in mundo rerum et in vita actionum, Pictura et Nomenclatura*<sup>a</sup><sup>3</sup>. La descripción y la nominación de las cosas y de los gestos, la correspondencia de los términos latinos y alemanes con las figuras elementales de un cuadro o de una escena, están repartidos en temas ordenados que van de Dios (I) hasta el Juicio final (CL). Ahora bien, este instrumento de corrección de la *ruditas* por medio de la *eruditio* no tiene en sí nada de represivo. En la página del título, un medallón representando la vegetación estimulada por la lluvia y el sol lleva una inscripción circular: *Omnia sponte fluant, absit violentia rebus*<sup>4</sup>. Una tal decisión de respetar la espontaneidad inscrita sobre un instrumento consagrado a la adquisición de un saber elemental, a la educación de la acción y de la palabra, debe evidentemente legitimarse disipando su apariencia de

<sup>a</sup> Publicado en 1658, edición revisada y aumentada en 1688.

<sup>3</sup> Comenius (Jan Amos Komensky), pastor de la iglesia mórava, de tendencia milenarista, dejó una impronta profunda en la historia de la pedagogía; sus generosas ideas de una enseñanza abierta a todos fueron desarrolladas en obras teóricas ()

<sup>4</sup> Sin constreñimiento impuesto a las cosas, todo seguirá espontáneamente su curso.

paradoja. “*In intellectu autem nihil est nisi prius in sensu*”. Todavía en el siglo XVIII la pedagogía de los jesuitas estaba fundamentada en este axioma escolástico<sup>β 5</sup> cuyos límites de validez son sin embargo manifiestos. Pues no es nada fácil para una pedagogía sensualista como la de Comenius el vehicular por el canal de la vista la información relativa a acontecimientos trans-históricos como la Creación del Hombre (XXXV) o el Juicio final, a seres inmateriales como el alma (XCII), a disposiciones de esa alma, como son las virtudes. En este caso, las figuras a las que remiten las nomenclaturas no pueden ser sino alegorías. El libro donde se describe el mundo sensible, si comprende al hombre no solamente como *homo*, sino también como *anima*, como *faber*, como *ethicus*, *sapiens*, debe contener y contiene efectivamente la imagen de escritorios dado que no puede contener la del escribir, la imagen de un libro a falta de poder contener la del leer, la imagen de un orador faltos de poder contener la del hablar. Y uno puede llegar a preguntarse cómo Comenius habría podido “pintar”, para uso de los escolares, sus fantasmas de visionario<sup>χ</sup>. Pero hay más. Para atenernos no más que a los objetos, naturales o artificiales, de experiencia efectiva, pasada, presente, o por venir, el niño debe aprender a decir, ante su “pintura”: esto es un mono, esto es una sandalia, esta es una horca, etc. Pero ¿no será que algún día dirá: esto no es un mono, esto no es una sandalia, esta no es una horca, como se dice “esto no es una pipa”? Podríamos rehacer, del *Orbis pictus*, un comentario casi enteramente calcado sobre el que Michel Foucault dio del célebre cuadro de René Magritte<sup>δ 6</sup>. Al querer reproducir, en el caso del escolar, frente a las pinturas del libro, la situación de Adán en situación de “carencia” semántica, plantado ante las criaturas del Edén... se llega por el contrario a subrayar el artificio de un procedimiento que sólo puede enfrentar las cosas a través de la rejilla de los signos.

Lo que está en cuestión —pero por supuesto no para el naturista cultural, ni para el naturista del retorno a la tierra— es la posibilidad de información del *homo* por todas las formas que la materia y la vida han tomado antes de que apareciera la del *homo* mismo. El rechazo de la información como recepción e interpretación de signos

<sup>β</sup> Cfr. F. Charmot, S. J., *la Pédagogie des Jésuites*. París: Ed. Spes, 1951.

<sup>5</sup> Pp. 206 ss. en esta obra, sobre la que se apoya Canguilhem en varias ocasiones. Nada hay en la inteligencia que no venga de los sentidos, “la aplicación de los sentidos” fue un principio reglamentado por Ignacio de Loyola, y el recurso a las imágenes una herramienta de la pedagogía de los jesuitas.

<sup>χ</sup> Pierre Bayle, muy severo con Comenius, escribe: “La reforma de las Escuelas no fue su principal testarudez; además se infatuó con Profecías, Revoluciones, ruinas del ante-Cristo, del Reino de los mil años y de parecidos pedazos de un peligroso fanatismo; y si digo peligrosos no lo son solamente con respecto a la Ortodoxia, sino también con respecto a los Príncipes y a los Estados” (*Dictionnaire historique et critique, II: Comenius*)

<sup>δ</sup> Michel Foucault. *Esto no es una pipa* (Escolios V), 1973. “II: el Calígrafo deshecho”, p. 30: “El dibujo de Magritte (por el momento no hablo más que de la primera versión) es tan simple como una página sacada de un manual de botánica: una figura y el texto que la nombra”. Barcelona: Anagrama, 1980.

<sup>6</sup> Este artículo de 1968, vuelto a publicar en 1973 en una versión aumentada (por las ed. Fata Morgana), al que se refiere Canguilhem, ha sido retomado en el primer volumen de *Dichos y Escritos* de Foucault, nº 53 B <in <https://piedrarosetta.co> autores: Michel Foucault>. La ed. de 1973 de este opúsculo se encuentra en la biblioteca de Canguilhem en el CAPHES, código CAN 410, con una inscripción manuscrita de Foucault: “Esto no es un libro; pero las palabras que aquí van son un homenaje fiel, MF”

artificiales codificados, y la avidez de información como apertura y abandono a la influencia modeladora de las cosas mismas, expresan la esperanza de obtener en lo posible una formación al contacto con lo que está en bruto, y sino, con lo menos elaborado que se pueda. Si no se trata de predicar el regreso a un más acá del lenguaje, al menos sí es a menudo cuestión del primado de lo oral; si no se trata de regresar más acá de la herramienta, al menos se trata a veces de la cuestión de preferir la mano; si no se trata de volver a la cacería y a la recolección, si se trata de revalorizar la ganadería de pequeña escala que se cree poder atender con pasto, y la cultura llamada biológica porque ella condena los abonos químicos. Hierbas de las Cévennes contra alfalfa, estiércol de oveja contra nitrato de potasa.

No es fácil cuestionar la relevancia de la protesta naturista sin parecer conservador o estar sacando provecho de la sociedad de consumo. Por esto se debe estar especialmente atento a un trabajo crítico que sólo desmonte los diferentes procesos históricos que han permitido la llegada de las prácticas sociales detestadas por los naturismos, para orientar mejor los pasos hacia la necesaria liberación. Con el fin de que la revolución invocada evite perderse en la “reactivación de lo ya ido”. La expresión es de François Dagognet<sup>6</sup> cuya obra filosófica, importante por la manera cómo ella ha contactado la actualidad, nos parece que merece que expongamos su coherencia y su mordacidad<sup>7</sup>.

El eje por el cual progresaba la filosofía de F. Dagognet ha sido definido por él mismo en su primera obra, *la Razón y los Remedios*, como el de una “filosofía bastante ambiciosa”, aquella que, alejándose de la subjetividad, se dedica a los productos en los que y por los cuales las ideas se elaboran, “... la aplicación técnica, las operaciones de la industria, las obras del arte, los signos lingüísticos de intercambio, los símbolos de la vida expresiva, sin desconocer todo aquello que libra la geografía humana, paisajes y caminos, hábitats y vegetación...”<sup>8</sup>. Ahora bien, en el último título de una serie bien ordenada, *Sobre las revoluciones verdes, historia y principios de la agronomía*<sup>9</sup>, trata la historia de los paisajes rurales y las técnicas agrícolas<sup>9</sup>. Y aunque pueda parecer bastante ambiciosa, esta filosofía es seguramente muy perseverante en su ambición.

<sup>6</sup> Profesor de la Universidad de Lyon III, F. Dagognet, doctor tanto en Letras como doctor en Medicina, ha terminado igualmente sus estudios superiores en química.

<sup>7</sup> Sobre François Dagognet, ver acá mismo en [www.piedrarosetta.co](http://www.piedrarosetta.co) autores, su bio-bibliografía.

<sup>8</sup> [François Dagognet. *la Raison et les remèdes*], 1964, París: PUF, p. 2. < traducción al español de Luis Alfonso Palau y Jorge Márquez, copia dactilográfica, 2006.>

<sup>9</sup> Esta obra apareció en la colección “Galen” que dirigía Canguilhem. La edición de 1964, y la 2<sup>a</sup> de 1984, se encuentran en la biblioteca de Canguilhem (códigos CAN 1809 y CAN 1810).

<sup>γ</sup> *Sobre las revoluciones verdes, historia y principios de la agronomía*. París: Hermann, 1973 < Traducido por María Cecilia Gómez Betancur con la colaboración de Luis Alfonso Palau C. Publicado como traducciones *historia de la biología* n° 1, 2 y 3, por la Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Colombia, Seccional Medellín. Medellín, Octubre de 1997.>

<sup>9</sup> Obra a la que ya Canguilhem se había referido en su artículo sobre “la Cuestión de la ecología, ¿técnica o vida?” <trad. Jorge H. Márquez, p. 6 de Unaula>. Se encuentra en la biblioteca de Canguilhem en el CAPHES, código CAN 1816.

*La razón y los remedios* tiende a descalificar el naturismo médico. Durante mucho tiempo, durante tantísimo tiempo, la medicina se presentó como observación del organismo y restitución de su estado natural perturbado. La medicina contemporánea, la que sí cura efectivamente, que ha hecho que fracasen enfermedades como la difteria, la meningitis, la poliomielitis, es un arte que sólo conoce lo que lo que ella transforma, que provoca los síntomas que debe apreciar. Está pues en la antípodas del empirismo y del naturismo perturbado, imbuido de magia<sup>11</sup>. La farmacodinamia contemporánea procede del “artificialismo más decidido”<sup>1</sup>, ella utiliza el desvío de los mediadores químicos, enfrenta oblicuamente el lugar tisular que quiere afectar, actúa indirectamente sobre la función antagonista de la que quiere estimular. La visión del médico es taimada, su estrategia tortuosa. La hipocrática busca directa y simplemente sostener la espontaneidad de la naturaleza. El médico de hoy nunca sabe suficiente para complicar únicamente sus intervenciones, pues “la manera como son asociadas las drogas modifica su materia”<sup>12</sup>.

Justo es recordar, para apoyar la tesis de Dagognet (aunque él mismo no lo haya mencionado) todo lo que la medicina contemporánea le debe a Paul Ehrlich, que encontró en el segundo tercio del siglo XX, en la quimioterapia, un poder que siglos de tanteos no le habían dado. Él se propuso encontrar en la química de los colorantes los medios artificiales para multiplicar el efecto de la acción electiva primero revelado por las antitoxinas de los sérums<sup>13</sup>. En el cruce por una parte de las técnicas de coloración de las preparaciones histológicas, y de los trabajos que se llevaban a cabo por otra parte, por parte de los alumnos de Koch y de Pasteur, sobre los fenómenos de inmunización. Problema cuya solución fue posible gracias a la potencia de la industria química alemana, y por la invención de una nueva representación simbólica de las estructuras químicas. La cooperación de la técnica y de la ciencia permite la producción, casi bajo demanda, de un cierto color, teóricamente pero realmente inscrito en una fórmula química desarrollada.

Esta breve alusión a Ehrlich puede ayudar a comprender por qué *Méthodes et doctrine dans l'œuvre de Pasteur*<sup>14</sup> fue compuesta en la misma época de *la Razón y los remedios*. Los remedios contemporáneos le deben a los trabajos de Pasteur su carácter de positividad controlada. Las investigaciones de von Behring y de Roux sobre

<sup>11</sup> [François Dagognet. *la Raison et les remèdes*], p. 335.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 264.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 296. <no podemos dejar de indicar por lo menos dos o tres textos posteriores de Dagognet que ahondan en el remedio y en su producción por las multinacionales farmacéuticas; vienen al final de este artículo como anexos 1, 2 y 3 de Palau>

<sup>14</sup> <Paul Ehrlich (1854-1915) doctor en medicina de la Universidad de Leipzig (1878), Premio Nobel de medicina de 1908, trabajó en el hospital de la Caridad de Berlín y luego en la universidad de dicha ciudad. Introdujo numerosas técnicas de laboratorio nuevas; se lo reconoce sobre todo por la introducción muy controversial del Salvarsan en el tratamiento de la sífilis>

<sup>15</sup> París: P.U.F., 1967. Las dos obras no fueron publicadas en el mismo momento, pero son la tesis principal y la tesis complementaria, defendidas en 1964, para el doctorado en Letras.

<sup>16</sup> La obra se encuentra en la biblioteca de Canguilhem, código CAN 1811.

la inmunización por medios de los serúmenes orientaron las de Ehrlich<sup>12</sup>. Sin entrar aquí en los detalles de la historia de la inmunidad, en la que la difícil preparación de la vacuna antirrábica fue un momento decisivo, hay que buscar en Dagognet en que consiste la originalidad de los métodos pastorianos y de la filosofía que los suscitó. Pasteur transformó todas las materias que estudió. Nunca buscó leyes comparando variedades, sino provocando variaciones. Si pudo responder a cuestiones planteadas por chascos o fracasos de industriales y ganaderos —“enfermedades” de la cerveza, del vino, de los gusanos de seda, de los pollos, de los corderos— fue porque su activismo experimental encontraba en la fábrica o en los campos la prolongación directa del laboratorio. “A la inversa del naturalismo (primer estadio de la ciencia), él desconfía de lo que se le presente y busca modificarlo o fabricarlo... Las Memorias del joven Pasteur tienen esta marca de artificialismo metodológico”<sup>λ</sup>. Químico cuidadoso y vehemente de la defensa de la especificidad de los procesos vitales, Pasteur, dedicado a la demostración de esta especificidad, manipula al viviente como otros lo hacen con la inerte.

En la obra *Cuadros y lenguajes de la química*<sup>μ</sup> <sup>13</sup> Dagognet ha presentado él mismo las razones de su interés por Pasteur. Al inventar la estereoquímica óptica, Pasteur contribuyó indirectamente a suscitar ese conjunto de mutaciones decisivas en la representación, la escritura y la notación que, bajo el efecto a distancia y el impulso de Lavoisier<sup>14</sup>, determinaron no solamente el desplazamiento sino la conversión del trabajo del químico. Conversión del objeto —de sustancia, cuerpo, elemento, por aislar y describir— a su representación y su escritura, de tal suerte que la química, inicialmente atenta a la materia bajo todas sus variedades, se volvió una ciencia formal. La famosa clasificación periódica de los elementos, la Tabla de Mendeleiev<sup>15</sup>, aporta el ejemplo “no de una investigación experimental o empírica, sino de una construcción formal, fuente importante de descubrimiento”<sup>ν</sup>. Existe pues una química de antes y otra de después de esta Tabla. Antes de ella el químico clasificaba lo que conocía. Después de ella, y gracias a ella, es la clasificación la que engendra el

<sup>12</sup> Emil von Behring (1854-1917), formado como médico militar (M.D. 1878) y cuya carrera se desarrolló todo el tiempo en el marco de su cátedra de higiene de la Facultad de medicina de Marburgo, recipiendario del Premio Nobel en 1901, había descubierto con Shibasaburo Kitasato (1852-1931) las antitoxinas de la difteria y del tétanos, así como su poder inmunizador y echado las bases de la seroterapia (...)

Émile Roux (1853-1933), doctor en medicina en 1883, uno de los principales colaboradores de Pasteur, director del Instituto Pasteur de 1904 a 1933, descubrió desde 1888 y 1889, con Alexandre Yersin (1863-1943) la existencia de la toxina de la difteria (...)

<sup>λ</sup> [François Dagognet. *Tableaux et langages de la chimie*], p. 58.

<sup>μ</sup> París: Seuil, 1969, p. 192, nota.

<sup>13</sup> En la biblioteca de Canguilhem con el código CAN 1817.

<sup>14</sup> Dagognet habla todo el tiempo en los cap. 1 y 2 de Op. cit. de la obra de Lavoisier <ofrecemos como anexo 4 su inigualable artículo sobre el padre de la química publicado en los *Cahiers pour l'analyse*>

<sup>15</sup> El químico ruso Dimitri Ivanovitch Mendeleiev (1834-1907), profesor de química en la universidad de San Petersburgo (1867), comenzó hacia 1869 sus trabajos sobre el agrupamiento de los elementos químicos en función de su peso atómico y presentó desde fines del mismo año su primera comunicación sobre lo que sería conocido como sistema periódico, denominación que él le atribuyó desde 1871.

<sup>ν</sup> [François Dagognet. *Tableaux et langages de la chimie*], p. 97.

conocimiento<sup>o</sup>. Nadie antes de Dagognet ha insistido tanto sobre el poder heurístico y generador de la representación tabular. “Hay claramente más en el dibujo que en el modelo... La representación refleja menos de lo que ella agranda... Lavoisier, y mucho más aún Mendeleiev, lo han verificado. Por todas estas razones hay que decir que el mundo no tanto entró en la Tabla como que él salió de ella”<sup>π</sup>

De la química a la biología la transición es tanto más fácil cuando que la historia natural fue la que comenzó por ofrecer el modelo de clasificación. Volver a trazar y a repensar la historia de esta clasificación conduce, de manera imprevista, a formular algunos preceptos de los que se usan en las administraciones de las sociedades contemporáneas, especie de actividad que no es solamente de control, de fichado y de vigilancia de otras actividades. El propósito explícito de Dagognet en el *Catálogo de la vida*<sup>o</sup> es mostrar que “inventariar el universo es dominarlo y ya transformarlo, más que consagrarlo o deletrearlo. Categorizar constituye el acto mayor de la modificación... el conocimiento del *orden*, paradójicamente, abre el camino a las transformaciones reales y positivas”<sup>ρ</sup>. Por ejemplo, el repertorio y la codificación de las enfermedades, por razones de seguridad social y de encargo colectivo de ellas<sup>σ</sup>, prolonga en la actualidad el esfuerzo de clasificación nosológica, paralela a la organización en secciones de los servicios hospitalarios, inspirada a comienzos del siglo XIX por Tenon y Pinel<sup>16</sup>. La burocracia médica es un instrumento detector de constantes bajo la proliferación de las singularidades sintomáticas, una manera de detectar el desorden primitivo latente bajo los travestismos manifiestos de las incidencias y de las complicaciones. Al imitar o al discutir los métodos de los botánicos, los primeros grandes clínicos del siglo XIX, Pinel, Bichar, Laennec, plantearon el problema más importante de la medicina, el de la clasificación, en obligada relación directa con la de la hospitalización<sup>17</sup>. “la clasificación condiciona el hospicio (no se debe reunir sino a las análogas) pero también inversamente, no se descubre las especies sino a través de ese inventario mismo y a partir de su rejilla”<sup>τ</sup>. Vemos pues como nos hemos alejado de las protestas y de las denuncias dirigidas contra lo que las revistas o semanarios, especializados en las generalidades de la contestación, especialmente la que se hace a la medicalización de la vida por la organización social de la prevención, de la higiene y de la terapéutica. Pero la

<sup>o</sup> *Ibid.*, p. 121.

<sup>π</sup> *Ibid.*, pp. 216-217.

<sup>ρ</sup> París: P.U.F., 1970 <*traducciones historia de la biología* 14, 15 & 16 a cargo de Luis Alfonso Palau C., fundador y coordinador del Seminario permanente de Historia de la Biología. Publicadas por la Facultad de Ciencias Humanas & Económicas, Universidad Nacional de Colombia, Medellín, noviembre de 2001>

<sup>σ</sup> *Op. cit.* p. 4.

<sup>τ</sup> *ibid.*, p. 5.

<sup>16</sup> Dagognet consagró el cap. III del *Catálogo de la vida* a “la nosología (de Tenon a Pinel y a Laennec)” y a las consecuencias de su aplicación a la administración de los hospitales y asilos. Esta obra, en la biblioteca de Canguilhem, se encuentra con el código CAN 1815.

<sup>17</sup> Además del cap. III del *Catálogo de la vida*, Canguilhem seguramente también evoca aquí el *Nacimiento de la clínica* de Foucault, otra obra publicada en la colección Galeno que él había fundado y dirigía.

<sup>τ</sup> *Ibid.*, p. 117.

enseñanza más amplia del *Catálogo de la vida* tiene que ver con la desposesión a la que conduce. Reencontrar el plan, el orden, la lógica de la vida, es poder recuperarla, domesticarla enriquecerla. La taxonomía es un instrumento de potencia, dado que es la condición inicial de una “metamorfosis teórica y una concepción no biológica de la propia biología.”<sup>v</sup> Conceptualizado, fijado en su estructura interna, bajo las diversas relaciones que teje en su lugar la sistemática, ya el ser vivo no ofrece nada en verdad de aquellos atributos que tanto gozaban amar en los románticos: la violencia, la salvajada, la irreductibilidad. “¿Por qué asimilar la vida, cueste lo que cueste, a una espontaneidad, a una lucha<sup>18</sup>, mientras que nos parece ante todo un nudo de relaciones —una red— y que se exhibe en un número previsible de variaciones componibles?”<sup>o</sup>. La genética contemporánea no contradice la enseñanza aún viviente de la antigua taxonomía, en la medida en que ella revele, en los vivientes, una organización que se resiste a las improvisaciones simuladas por el medio y fiel, en el caso de las mutaciones, a la conservación de un patrimonio diferentemente reordenado.

Vemos así cómo es que el *Catálogo de la vida* prepara la comprensión del sentido de *las Revoluciones verdes*. La agricultura y la ganadería son técnicas, y por tanto artificios, pero sus efectos y sus éxitos han sido durante siglos, rigurosamente condicionados por la naturaleza misma de las funciones vegetales y animales de crecimiento y de multiplicación. El hombre durante mucho tiempo sembró lo que había cosechado sin nunca haberlo cultivado. Al comienzo, ninguna actividad menos conquistadora, más humildemente sumisa que el cultivo. Pero, como la alimentación es con la respiración y el sueño una condición de vida, también ella es un hecho social. La producción de los recursos alimenticios tiene que ver, siempre de alguna manera con el poder político. Las primeras remodelaciones del paisaje rural, en Europa, han sido la consecuencia de aplicación de técnicas estadísticas y de contabilidad en la evaluación comparada de los rendimientos obtenidos por tales o cuales métodos de cultivo. En este dominio, una vez más Lavoisier es un novador. En el siglo XVIII, la nueva agricultura nace tanto en las páginas de un registro como en los campos, de los que ella rediseña los límites y redistribuye, para cubrirlos de vegetales insólitos, lino, maíz, papa, alfalfa, etc. Ya en el siglo XIX, la colaboración de los agrónomos y de los químicos provoca y promueve las invenciones de la agrobiología, de la selección, de la hibridación, de la química de los abonos y de los suelos. El siglo XIX es el siglo de elaboración, para la agricultura, de los medios de su independencia con respecto a los vivientes y a los elementos. Finalmente el siglo XX se revela, con respecto a las racionalizaciones anunciadas y perseguidas en los dos siglos precedentes, como el siglo del surrealismo biológico<sup>19</sup>. “En los lugares artificiales y teóricos se juegan los

<sup>v</sup> *Ibid.*, p. 138.

<sup>18</sup> El texto en *Savoir, faire, espérer*, (p. 78) dice “lettre” <carta>, lo que no tiene ningún sentido. El término en el *Catálogo de la vida* es claramente “lucha”.

<sup>o</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>19</sup> Dagognet, que por aquel entonces era todavía profesor del liceo Ampère de Lyon, había titulado su contribución a la recopilación *Homenaje a Gaston Bachelard* (Paris: P.U.F., 1957, pp. 191-214), “Surrealismo terapéutico y formación de los conceptos médicos”.

problemas de fertilidad y del brusco crecimiento de los rendimientos”<sup>ξ</sup>. Dagognet llama “agrobiología futurista” al conjunto de las técnicas mortales para el naturismo campesino. Los organismos de investigación agronómica prefiguran el advenimiento de una agroindustria liberada de todos los constreñimientos tradicionales, de la contingencia meteorológica, de la exuberancia vegetal, de la inflexibilidad de los ritmos cósmicos. Como agente de transformaciones energéticas deseadas, la totalidad del vegetal no es indispensable, el soporte del suelo mucho menos. La célula es suficiente en un medio sintético. Citemos también nosotros una declaración que cita Dagognet: “Dentro de algunos años tendremos verdaderas fábricas de compotas de manzana, que se multiplicarán y que se podrán producir sin necesidad de manzanos”<sup>Ψ</sup>.

Dado que la obra fue publicada en pleno período de capricho, e incluso delirio ecologista, pero también quizás porque el se dirige con solidez a los que le preceden, *Revoluciones verdes* redobla su ardor polémico contra el naturismo. El capítulo IV que se titula: “una Disciplina subversiva”, procede a una liquidación en regla de todas las nostalgias literarias, económicas, políticas, reunidas bajo la denominación de “romanticismo lloriqueante”<sup>ζ</sup>. Si se compara este capítulo con el capítulo IV de las *Dos Fuentes de la Moral y de la Religión*, se constata la existencia de un abismo entre dos maneras de concebir la solución del conflicto entre la vida y la técnica. Según Bergson, la técnica, hija de la vida pero que se ha vuelto su regente opresiva bajo la forma de la civilización industrial, podría llegar a reintegrar la vida si la humanidad lograse, bajo la dirección de la fisiología y de la medicina, reencontrar, en la inversión de un frenesí, la simplicidad de la existencia. La reforma de los regímenes alimenticios, la sustitución posible de las preparaciones culinarias por los alimentos crudos, comportaría a su vez simplificaciones en la industria, el comercio, la agricultura. La mística se subordinaria la mecánica<sup>20</sup>. Ahora bien, según Dagognet, si la fisiología sirve para revolucionar la alimentación, lo hará en otro sentido por el sesgo de la agronomía. El seudo-naturismo dietético, la oposición a las manipulaciones industriales del alimento vegetal o animal “mistifican a los consumidores”<sup>α</sup>. Se leerá una curiosa apología de las latas de conservas y de los tomates madurados con luz artificial, a solo algunas líneas de distancia de una apología de los récords de engorde o de superovulación de las aves. Afirmaciones manifiestamente escandalosas para un naturista como para un gastrónomo. Pero, precisamente, para Dagognet, “La calidad, en efecto, es estética-aristocrática, la cantidad popular, sino incluso humanitaria”<sup>β</sup>. Estamos pues en las antípodas del cualitativismo bergsoniano. Los modos de alimentación que Bergson desplora son aquellos de los que Dagognet valoriza su extensión a la colectividad. Las

<sup>ξ</sup> [François Dagognet. *Homenaje a Gaston Bachelard*], p. 9.

<sup>Ψ</sup> *Revoluciones verdes*, tr. María Cecilia Gómez B. in *traducciones historia de la biología nº 3*, Medellín: Universidad Nacional de Colombia, abril de 1998. p. 40.

<sup>ζ</sup> *Ibid.*, p. 47

<sup>20</sup> En la sección “Mecánica y mística” de ese capítulo: *las dos Fuentes de la Moral y de la Religión*, Buenos Aires: Sudamericana, 1962, la famosa noción de un “suplemento de alma” se encuentra en la p. 298.

<sup>α</sup> *Revoluciones verdes*, p. 47.

<sup>β</sup> *Ibid.*, p. 46.

razones de esta oposición son profundas, fundamentalmente filosóficas. Bergson invoca un “suplemento de alma” para vivificar el organismo social mecanizado. La creencia en la posibilidad de coincidencia reencontrada con el impulso vital es aclarada por la historia, presentada a grandes rasgos, de las religiones dinámicas. Por el contrario, Dagognet le pide a la historia de las ciencias que fundamente la racionalidad de sus anticipaciones. “La historia de las ciencias, que reactiva la curva del pasado, nos permite vislumbrar el porvenir, cumplir nuestro destino... La descripción intentada no valoriza el pasado, ayuda, por el contrario, a superarlo. Favorece su alejamiento.”<sup>χ</sup>. La misma convicción se expresaba en las últimas líneas del *Catálogo de la vida*<sup>21</sup>: pasado de la ciencia, en tanto que expone temas actuales, desvalorizados, puede suscitar cuestiones imprevisibles, dar lugar a rationalizaciones frescas. Ya no es aquí cuestión de un suplemento de alma sino de una reduplicación de inteligencia. Bergson hace jugar una ley de dicotomía de las tendencias, en virtud de la cual una de las antagonistas entra en juego cuando la testarda acción de la otra alcanza un efecto vecino de un punto de ruptura. Dagognet funda sobre la historia de la agronomía la obligación de evitar dos errores opuestos: “No se puede ni volver atrás ni saltar demasiado lejos en el futuro”<sup>δ</sup>. La filosofía debe pues ser la guardiana de la “globalidad”, atenta a la vez al valor de un enraizamiento milenario y al beneficio de la desnaturalización, por la ciencia, de la naturaleza naturada.

En última instancia, la clave de un anti-naturismo tan decidido, por momentos tan conscientemente provocador, se encuentra en la obra *Escríptura e Iconografía*<sup>ε</sup>.<sup>22</sup> De todos los escritos de Dagognet este es sin duda el más abstracto, a pesar de la riqueza de los ejemplos evocados, porque tiene por objetivo legitimar el parentesco formal de todos los otros. Con relación a la naturaleza naturada y a las relaciones “naturales” que los hombres pretenden sostener con ella, él no toma sus distancias, él cava un abismo. El contra-bergsonismo es acá a propósito<sup>φ</sup>. “Conocer, no es medir o analizar —tareas secundarias— sino primero escribir... Sólo es necesario descodificar y re-codificar ventajosamente... No es pues necesario describir, ni solamente escribir, sino más bien

<sup>χ</sup> *Revoluciones verdes*, tr. María Cecilia Gómez B. in *traducciones historia de la biología nº 1*, Medellín: Universidad Nacional de Colombia, octubre de 1997. pp. 11, 12.

<sup>21</sup> *El Catálogo de la vida*. tr. Luis Alfonso Palau C. in *traducciones historia de la biología nº 16*, Medellín: Universidad Nacional de Colombia, octubre 2001, p. 65: “Esta es también la cultura actual; cuando todo se acaba, poder recomenzarlo todo”.

<sup>δ</sup> *Revoluciones verdes*, in *traducciones historia de la biología nº 3*, Medellín: Universidad Nacional de Colombia, abril de 1998. p. 52.

<sup>ε</sup> París: Vrin, 1973. < Traducido por María Cecilia Gómez B. para el curso de Luis Alfonso Palau C., “Materiólogos, objetología”. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas & Económicas. Escuela de estudios filosóficos y culturales. Medellín, Febrero de 2003. Última corrección febrero de 2007.>

<sup>22</sup> Tiene el código 1324 en la biblioteca de Canguilhem del CAPHES. Dagognet continuó con su reflexión sobre el ecologismo y el naturismo; en 1990 publicará *Naturaleza* (París: Vrin; ) y en 1997, *Detritus, desechos, lo abyecto* (trad. española de Luis Alfonso Palau C., Envigado, co: Piedra Rosetta, 2023).

<sup>φ</sup> Cfr. [Escríptura e Iconografía], trad. cit. pp. 14-17 y p. 28, las alusiones a la denuncia que hace Bergson de los peligros de la escritura.

re-escribir”<sup>γ</sup>. Hacia el final de *la Evolución creadora*, Bergson que oponía el devenir y la forma, presenta a la cinematografía como el artificio más deformador de la realidad moviente, el producto más acabado de la ilusión generadora del conocimiento usual<sup>23</sup>. Ahora bien, Dagognet le confiere al método gráfico del fisiólogo Jules Marey<sup>24</sup>, ancestro de la técnica cinematográfica, la más grande dignidad teórica posible. El descubrimiento de puras relaciones espaciales, que vienen a sustituir la aprehensión sensible de los órganos y de sus funciones, ha implicado una refundación de la medicina, capaz de ahí en adelante de triunfar sobre los obstáculos puestos por la oscuridad visceral a la búsqueda de un diagnóstico<sup>η</sup>. El anti-hipocratismo de *la Razón y los remedios* se fortifica aquí con una renuncia reflexionada del anatomismo. En el límite, diagnosticar y prescribir ya no exigen que el médico observe, inspeccione, interogue al enfermo. Los meros registros de un examen sistemático de laboratorio son suficientes para la interpretación de un caso. “Mientras más nos alejamos del órgano mismo, en búsqueda de lo que lo deforma o lo turba, mejor se podrá aprehender su causa y sus modalidades.”<sup>ι</sup> En resumen estamos hablando de una medicina sin médico para una enfermedad sin enfermo. Y el médico se instruye en una fisiología sin órganos ni vísceras: “¿qué es un órgano en un organismo, un corazón, para un Manual de biología deseoso de exponer su fisiología? Ante todo él no es lo que es: un volumen más o menos cónico, carnudo, contráctil. Redoblarlo no enseña nada.”<sup>φ</sup> De aquí en adelante ya no le será suficiente al practicante de la medicina liberal, “humanista”, al abogado del diálogo médico-paciente, tomar la defensa de Hipócrates. También deberá romper lanzas por Harvey.

De todos los ejemplos que han sido invocados en apoyo de la tesis este es el más perturbador porque es el más conmovedor. Pero comprender no es conmover ni ser conmovido, ni siquiera ver... hay que leer y escribir. El arte mismo —y la evolución de la manera cómo se hace fotografía lo confirmaría— ha dejado de ser representativo e ilusoriamente realista para volverse abstracto, no figurativo sino, para y por eso mismo, volverse productivo “de un real más real que la realidad”<sup>κ</sup> Entre el arte y la ciencia, la oposición ya no tiene sentido.

En la historia de la ciencia, desde el siglo XIX, las revoluciones no son tanto

<sup>γ</sup> *Ibid.*, pp. 73-74.

<sup>23</sup> En el último capítulo de *la Evolución creadora*, cap. XIV: “EL MECANISMO CINEMATOGRÁFICO DEL PENSAMIENTO Y LA ILUSIÓN MECANICISTA”, p. 701 <“Se resumiría, pues, todo lo que precede diciendo que el mecanismo de nuestro conocimiento usual es de naturaleza cinematográfica”> y p. 726 <“Lo hemos dicho ya y no convendrá repetirlo demasiado: la ciencia de la materia procede como el conocimiento usual. Perfecciona este conocimiento y aumenta su precisión y alcance, pero trabaja en el mismo sentido y pone en juego el mismo mecanismo. Si pues el conocimiento usual, en razón del mecanismo cinematográfico al que se sujeta, renuncia a seguir el devenir en lo que hay de móvil, la ciencia de la materia renuncia igualmente a ello”. *Obras escogidas*. México: Aguilar.>

<sup>24</sup> Algunos años más tarde, Dagognet llegó a consagrarse una obra al fisiólogo francés Marey (1830-1904): *Jules Étienne Marey: la passion de la trace*. París: Hazan, 1987.

<sup>η</sup> *Ibid.*, p. 57.

<sup>ι</sup> *Ibid.*, p. 59.

<sup>φ</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>κ</sup> *Ibid.*, p. 36.

copernicanas como “gutembergianas”<sup>λ</sup> pues se llevan a cabo sobre los grafismos. No conciernen el punto a partir del cual se ve o se mide, sino la manera cómo se cifra y se descifra. “Una escritura es un programa. Los símbolos no recopian; ellos forman una herramienta con la cual se anatomiza los cuerpos, se los capta y se los reedifica”<sup>μ</sup> En química el proceder experimental mismo es la transformación de las escrituras. Una informática (el DARC<sup>25</sup>) le ofrece al químico la posibilidad de saber a priori cuáles son las propiedades de una sustancia. “Es suficiente, de alguna manera, con escribir, escribir mejor, para saber”. Podemos decir que la naturaleza trabaja como un tipógrafo. “Con caracteres en número limitado, compone un texto multiforme y traza en él dibujos variados.”<sup>ν</sup> Esto es algo verdadero del mineral y del cristal. Pero mucho más aún verdadero de lo orgánico, del que la bioquímica macromolecular sabe descifrar y re-escribir la estructura. “el código, por el cual se transmite el mensaje o una cifra, nos asegura claramente que el organismo no deja de reproducirse y de imprimirse él mismo. Funcionan en él sutiles mecanismos de “lectura-escritura”<sup>ο</sup>”. En resumen, si no “logramos el alfabeto de base” de la producción de la Naturaleza, ya no debemos describirla, sino escribirla, sobre todo re-escribirla.<sup>π</sup>

Por tanto pues, entre el verdadero saber de las cosas y el saber escolar, no existe oposición radical. La ciencia y la escuela tienen en común el alfabeto, el grafismo y sus artificios. La ortografía es uno de esos artificios y por esto la escuela debe enseñarla, y no seguir alentado la adherencia, pretendidamente más natural, de escribir como se habla, y de predicar el fonograma. La escuela no debe ser ni el reflejo de la vida, ni una micro-sociedad, sino una “especie de “anti-sociedad” del no-presente y del saber. Henos pues bien lejos de Comenius y de la divisa: *omnia sponte fluant, absit violentia rebus* <si no hay talanquera para las cosas, todo fluye espontáneamente>. Si Dagognet, por ventura pedagogo, se dedicara a componer un *Orbis pictus* <mundo pintado>, no sería un *Orbis sensualium* <mundo de los sentidos>, fundado sobre el *nisi prius fuerit in sensu* <que no venga primero de los sentidos>. Como lo dice en *el Catálogo de la vida*: “No se puede satisfacer al mismo tiempo los sentidos y el entendimiento”<sup>ρ</sup>

Partir de la escuela y regresar a ella<sup>26</sup>, a propósito del naturismo, es claramente el no haber abandonado ni por un instante el terreno de la política. La cuestión, tan mal planteada, de la cualidad de la vida es política en el plano mismo de los problemas que

<sup>λ</sup> *Ibid.*, p. 52.

<sup>μ</sup> *Ibid.*, p. 82.

<sup>25</sup> Se trata acá de una aplicación informática a propósito de la cual Dagognet escribía con un entusiasmo un tanto hiperbólico: “Se comprenderá que nos detengamos aquí en la teoría y en las deslumbrantes realizaciones del DARC (Sistema de Documentación y de Automatización de las Investigaciones de Correlaciones) que trastornan por completo la ciencia moderna” (*Escritura e iconografía*, p. 84).

<sup>ν</sup> *Ibid.*, p. 100.

<sup>ο</sup> *Ibid.*, p. 72.

<sup>π</sup> *Ibid.*, p. 68.

<sup>ρ</sup> *El Catálogo de la vida. in traducciones historia de la biología n°16*, p. 50.

<sup>26</sup> Cfr. la parte correspondiente a la “Escuela” in François Dagognet. *¿Cómo salvarse de la servidumbre?*, tr. Palau en proceso, Envigado, co: Piedra Rosetta, 2026.

reúne y no solamente en el plano de las soluciones que se le proponen. Por el contrario, la desnaturación de la naturaleza, lugar común de tantas ideologías contradictorias, es una cuestión filosófica, metapolítica si se lo prefiere. En efecto, estrictamente hablando no existe desnaturación de la naturaleza, si se entiende por naturaleza el conjunto de las leyes conocidas y por conocer, que la época clásica llamó “de la naturaleza”, para distinguirlas de la obligación de las leyes civiles, por la necesidad específica de sus efectos. Lo que puede ser desnaturado es lo que la naturaleza produce a la existencia según sus leyes, bajo las especies de seres concretos, dados ahí, antes del hombre y sin él. Desnaturar es no respetar el dato tal y como él se da al examen de un agente interesado en servirse de él. Del vegetal aerobio, que absorbe oxígeno y expulsa gas carbónico, no se dice que polucionan la atmósfera. La respiración es un fenómeno celular. A nivel celular lo que existe es una función, no hay interés. El ave que para hacer su nido recoge con su pico tallos de hierba, briznas, plumas o copos de lana... no los desnaturaliza porque propiamente hablando no se sirve de ellos. Servirse de algo es tomar esa cosa como un medio para un fin con el que uno se identifica. Aquello en lo que uno se interesa, es el fin a través del medio, el que debe desaparecer en el fin, ser negado por él. Usar una cosa, es negar el ser de lo que es tomado como medio. El origen de la desnaturación es la negación. ¿Qué hicieron Adán y Eva? Tomaron como medio, precioso para abrir la inteligencia, el único fruto cuya integridad debía ser respetada.

La lamentación naturista, a veces la contestación airada, cuando denuncian la desnaturación de la naturaleza por parte de la sociedad capitalista, practican una amalgama. En “sociedad capitalista” está implícitamente “industria”, que ya no es en nuestros días necesariamente capitalista, y explícitamente “sociedad” que no es necesariamente industrial. Si la desnaturación es un hecho social es por ser un hecho humano, al ser la sociedad sin duda anterior a la herramienta. Pero más aún que la amalgama, lo que es sorprendente es la confusión de los registros. Los que creen tener un lenguaje humanista usan de hecho un vocabulario teológico. Científicamente hablando, desnaturación no tiene sentido. Técnicamente hablando, desnaturación significa cambio de uso. Ahora bien, ningún uso está inscrito en la naturaleza de las cosas. El primer uso de una cosa es su desnaturación. El que hace un bastón con una rama la desnaturiza. La única actitud de no-desnaturación de la naturaleza es la adoración. Que se trate del retorno de una represión colectiva, contra las exigencias de la ciencia y los constreñimientos de las técnicas, una prueba de ello la tenemos en la notable difusión del término polución, venido del vocabulario de la teología. Ya sea que derivemos el término de *lues* (peste contagiosa) o de *luo* (lavar), la polución es mancha, sacrilegio, profanación, incluso con alguna resonancia de lubricidad<sup>27</sup>. Incluso el término aparentemente neutro de entorno, de hecho sustituto afectivo de medio, nos introduce a un mundo de valores. Medio evoca la apertura en todas las dimensiones, la dispersión, lo ilimitado, el viento. Por el contrario el entorno es lo que

---

<sup>27</sup> Sobre esta noción, la notable obra de la antropóloga inglesa Mary Douglas (1921-2007), *Purity and Danger, An analysis of concepts of pollution and taboo* (1967; *Pureza y peligro, un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo XXI, 1970).

rodea, que se encierra en círculo, el lugar de la familiaridad, de la seguridad, el calor, el hogar. En suma, vamos a arriesgarnos a decir que la denuncia de la desnaturalización, por muy laica que sea su argumentación, por muy políticamente avanzada que se la quiera, es el regreso subrepticio de una religiosidad con rebaja o descuento. El rigor no es su hecho. Por lo que uno duda en decidir si una vida más natural es, para los que se convierten en sus apologistas, la imagen de un pasado o el dibujo de un porvenir.

No les es difícil a los que se reclaman de estos ideales de vida, según que sus motivaciones sean más o menos políticas, presentar como justificación de la mecanización tecnocrática, o como complicidad con el pillaje capitalista, las reservas que se puedan tener sobre la posibilidad y la ventaja de renunciar progresiva o brutalmente al artificialismo y al activismo de las técnicas de producción. Pero para el que se rehúsa identificar con el pecado contra natura, a la mediación de las ciencias y de las técnicas en la invención de productos surreales, no le es fácil demostrar que el neo-naturismo, anarquizado u organizado, no está exento de toda injusticia; y que una legítima aspiración al equilibrio vital debe pasar, para ser satisfecha en provecho de todos, por el reconocimiento del sentido de lo que de forma presente ella rechaza. Es sobre este punto que los análisis de Dagognet parecen precisos en su severidad.

Es seguro que no se desnaturaliza a la naturaleza orientando sus poderes hacia la producción de efectos que no le son ordinarios. Sin identificar, como lo hace Pascal, naturaleza y costumbre<sup>28</sup>, podemos convenir en que es posible una confusión entre los recursos de un poder y la repetición de sus mismos efectos en la larga duración. Sin embargo, la naturaleza naturante no se altera cuando opera bajo los constreñimientos inéditos de lo artificial, y no más en la espontaneidad de lo natural. La agronomía no viola las leyes de la naturaleza, mientras que sí precipita y multiplica sus efectos. “Nadie puede echar por tierra las reglas vegeto-animales. Solamente se las dirige. Todas siguen pues los engranajes reales.”<sup>σ</sup>

Si la desnaturalización de la naturaleza comenzó con la fabricación de puntas cortantes a partir de lascas de silex, es claro que un retorno a la naturaleza no puede ser sino un regreso a relaciones de violencia olvidadas. La naturaleza, para los que se van en su búsqueda, no es el volcán, es la campiña. Ahora bien, los campos, los prados y los bosques son testigos pacíficos de una historia agitada. En esta historia, el capitalismo agrario no solamente ha producido resultados maléficos. “La historia. de la agronomía hace aparecer a la vez los beneficios del capitalismo y también cómo poco a poco éste se eliminará. Pronto no subsistirá más que de nombre”<sup>τ</sup> Entonces será pueril esperar a ver renacer las prácticas de la vana pastura.

Dagognet muestra cómo los problemas de la agricultura socialista en U.R.S.S. son el “reflejo exacto invertido” de los problemas de la agricultura inglesa o francesa del siglo XVIII. Entonces y aquí, eran las estructuras socio-jurídicas las que frenaban

<sup>28</sup> V.g. “la costumbre es nuestra naturaleza”; “la costumbre es una segunda naturaleza”, *Pensamientos*, sección II<sup>a</sup>, nº 89 & nº 93.

<sup>σ</sup> *Revoluciones verdes*, in *traducciones historia de la biología* nº 3, p. 47.

<sup>τ</sup> *Ibid.*, p. 51.

las técnicas de renovación rural. En la actualidad allá, es la planificación administrativa la que está avanzada sobre la tecnología y las mentalidades<sup>v</sup>. Una tal confrontación libera de cualquier análisis partidista previo de los problemas. Está pues permitido encontrar positivas y liberadoras las revoluciones agrícolas de los siglos XVIII y XIX sin haber partido ligada a la forma jurídica de propiedad que las ha hecho posibles. Inversamente, se puede anunciar otros modos de apropiación del suelo y otras figuras del paisaje, aptas para suponer la ampliación de las “técnicas productivistas rurales” sin por tanto ser incapaz de comprender la necesidad vital de un ambiente menos sofisticado. “La agrobiología futurista intensiva puede restringirse, acantonarse en estrechos límites, ya no socavar ciegamente las landas salvajes, ni las indispensables reservas pobladas de árboles. La naturaleza, en su conjunto, será salvada con ello.”<sup>w</sup> Esforzarse por contrariar la evolución es no solamente imposible sino injusto. “Se olvida que esta agricultura de sabor y de terruño implica la espantosa alienación de los campesinos, esos falsos propietarios de un suelo al que están sacrificados... Filosofía rural idílica, mentirosa, que engaña por lo demás tanto a los que explota como a los que sacan de ella ventaja.”<sup>x</sup>

Porque la naturaleza no puede ser sino naturante, es posible que exista una naturaleza desnaturalizada, a la vez hija y madre de la cultura. Porque esta desnaturalización ha tenido que tomar progresivamente las vías de la abstracción y de la representación no-figurativa, que son las de la ciencia; y que por este hecho no hemos sabido reconocer en la naturaleza desnaturalizada a la naturaleza naturante, nacieron pues una demanda y una cólera, a las que la literatura y la ideología se esfuerzan en vano por darle un peso filosófico. Pero un peso filosófico supone que una obra de gran densidad, como esta de la que hemos tratado de señalar su importancia y su actual gravedad<sup>y</sup>. La obra de un hombre que no pudo, por una vez al menos, disimular su aversión por una cierta filosofía, “aquella que, bajo una jerga que oculta (mal) su vacío y a través de sus elucubraciones, ignora y sobrevuela al mundo y al saber”<sup>z</sup>.

Georges Canguilhem

Traducido por Luis Alfonso Palau C., Envigado, co, diciembre 31 de 2025.

<sup>v</sup> *Ibid.*, pp. 50-51.a

<sup>w</sup> *Ibid.*, p. 48.

<sup>x</sup> *Ibid.*, p. 47.

<sup>y</sup> Luego de la redacción de este estudio, una nueva obra de F. Dagognet, *Por una teoría general de las formas* (París: Vrin, 1975; trad. española de María Cecilia Gómez B. para el Curso de contexto de Luis Alfonso Palau C., "Hilética, materiólogos, objetología/abyectología". Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas & Económicas. Escuela de estudios filosóficos y culturales. Medellín, Abril de 2002), ha retomado y renovado su tesis según la cual la representación formal de las cosas no tiene por efecto reproducirlas sino claramente transformarlas.

<sup>z</sup> *Tableau et langages de la chimie*, p. 102.

### Anexo 1

**1996:** “Por una filosofía de la enfermedad”. París: Textuel. tr. Luis Alfonso Paláu, *Sociología 24*, Medellín: Universidad Autónoma Latinoamericana, junio del 2001. <análisis de la aparición y comportamiento de la institución de la seguridad social como el tercero de la ecuación de salud.>

### Anexo 2

“Sobre los remedios” in *Cambio de perspectiva*, (2002) “Conclusión”, p. 73 (tr. Paláu).

No podríamos pasar revista a los grupos de “cuerpos” susceptibles de confirmar nuestra idea general.

Sin embargo anotemos que los remedios –los objetos saludables– se imponen a todos los otros; se sitúan lo más alto en la jerarquía (*la materia medicans*) porque logran prolongar la vida y curarnos de la enfermedad; nadie puede negarles su aureola de sacralidad.

Su aparente exterioridad también ha nacido de que ha logrado imitar nuestro cuerpo: el remedio se inspira en él para poder alcanzarlo y tocarlo, siendo ésta la condición de su eficacia. Muchos son los medicamentos que no entran en este estrecho cuadro (la objetividad de una interioridad orgánica) pero sin embargo todos mantienen un vínculo modelizador de ellos mismos, con el cuerpo que van a sostener y a suplir. Y el remedio nos provee una ilustración de nuestras observaciones filosóficas que no se parece a ninguna otra: su afuera incluye en sí mismo el adentro corporal, lo imita, a no ser que encierre en sí una ligera diferencia con respecto a la sustancia interna, porque quiere entonces moderarla o incluso suspenderla.

El antibiótico puede parecer una excepción: no entra en nuestros propios funcionamientos fisiopatológicos, sino en los del parásito que nos ha invadido; está constituido siempre por una molécula química lo más próxima posible (siempre es un engaño a causa de la similitud) de las que regulan la multiplicación de ese enemigo; si no copia nuestro organismo, copia el del microbio. De la misma manera, los neurolépticos logran bloquear o aumentar las sustancias mediadoras de las que dependen nuestro humor o nuestros comportamientos. En resumen, el afuera químico del medicamento contiene en sí la interioridad vital a la que refuerza o impide.

### Anexo 3

Presentación de François Dagognet. *Cien palabras para comprender los medicamentos. Cómo os curan*, Paris, Seuil, 2005 (traducción al español de Luis Alfonso Paláu, copia dactilográfica)

Ayer la medicina celebraba el famoso coloquio singular que liga entre sí al terapeuta soberano y al enfermo que confía; y este encuentro estaba colocado bajo la obligación de la entera libertad cuyo ejercicio estaba garantizado por el secreto. Pero todo viene a cambiar a fines del siglo XX, no solamente en razón de la complejidad de los exámenes complementarios sino también a causa del costo de los medicamentos. Entre los dos protagonistas del diálogo se ha intercalado de acá en adelante la institución (el tercero que paga) encargado de los controles y de los reembolsos. La

Seguridad social va pues a preocuparse por el medicamento, puesto que ella asegura sus costes que no cesan de elevarse de manera exponencial.

De acá va a resultar un conflicto entre el liberalismo (la libertad estricta, tanto la de escoger médico como la de que este último prescriba lo que a él le parece conveniente) y los servicios administrativos, resueltos a meter en cintura los disfuncionamientos, que hacen que los unos accedan a los cuidados cuando otros quedan privados de ellos, dado que no pueden pagar la parte que les corresponde.

Falsas soluciones han sido imaginadas, por ejemplo la de pedir a los clínicos que no sobrepasen un cierto número de actos, o de bloquear sus honorarios. En lo que concierne a los medicamentos, se aconsejará a los farmaceutas sustituir por genéricos más baratos los remedios iniciales llamados “princeps” (estos genéricos contienen el mismo principio activo, generalmente comprobado, sin tener siempre los mismo excipientes y condicionamientos).

Pero el farmacéutico no gana suficientemente ejecutando un tal reemplazo; es por esto que la prescripción del solo genérico debería serle impuesta; en este caso, el conjunto del sistema de cuidados renunciaría a su muy costosa e insostenible libertad que compromete los equilibrios de la política de salud. ¿No será necesario librar la guerra a los beneficiarios de un mercado que debería escapar a las leyes del comercio? Paralelamente, nos parece que el enfermo no podría consultar al médico de su preferencia, y mucho menos multiplicar las visitas o los controles. En resumen, debemos oponernos a un liberalismo, que no deja de resistir pero que no puede eximirse de una administración próxima, que asegure el mercado o el funcionamiento de la modernidad médica.

Por lo demás, vamos un poco más lejos: preconizamos la “nacionalización” del sistema sanitario: ¿no se encarga el médico del “capital” más precioso? ¿No será entonces preciso recurrir ya no a cajas autónomas, seguros y mutualidades (todas regulando ingresos y gastos) sino a un conjunto institucional cuyo entero funcionamiento estaría asegurado por el Estado? Sólo él puede también encargarse de la red hospitalaria, sólo él puede decidir sobre las inversiones y su repartición.

Podrían de acá resultar iniciativas, entre otras la obligación de encargarse médicalemente de cada ciudadano (una visita por año, cuidados ineluctables). ¡Cuántos cambios que afectarían el conjunto del sistema sanitario, empezando por los industriales, luego los médicos, sus auxiliares, los quinesioterapeutas, etc.! En efecto es intolerable que sea necesario ser rico para poder mantener y conservar su salud; el medicamento del que estamos hablando será administrado sin que se busque información en torno a la situación económica del que lo necesita, fisiopatológicamente hablando.

Aunque sólo sea de paso, mencionemos un problema moral difícil de zanjar: muchos enfermos esperan que llegue un órgano, obtenido de alguien que se muere y compatible con su genotipo. Aparece, ¿pero a quién atribuísello? Muchas soluciones se le presentan al cirujano: o bien al más joven, por tanto al que se beneficiaría por más tiempo, o bien al que se encuentra encabezando la lista de espera. Creemos saber que ayer el terapeuta lo reservó al que tiene un papel casi irremplazable en la ciudad (y no

al obrero no especializado). En Inglaterra, se le niega al que no acepta donar a su vez sus órganos cuando se cure. Donador donante.

Objeto ambivalente, objeto que por actuar sobre el cuerpo se debe inspirar en él, objeto situado en el corazón de la política de la salud, el medicamento no podría ser asimilado a un producto cualquiera; nosotros queremos concederle todo su lugar en el empíreo filosófico.

Es suficiente con recordar que él puede, por su sola acción, desecar los delirios y llevar al siccótico a la calma, o también permitir al achacoso levantarse y recobrar algunos gestos (al menos en el comienzo del tratamiento). ¿Cómo el filósofo no sería detenido e incluso fascinado por tales posibilidades resurreccionistas de este “doble corporal”?

Con estas 100 palabras se quiere puntualizar sobre la revolución terapéutica que comienza precisamente antes de la Segunda Guerra mundial (con las sulfamidas), triunfa con los antibióticos, invade y reorganiza luego todos los grandes dominios de la medicina.

#### Anexo 4

Cahiers pour l’analyse nº9. Verano de 1968. pp. 178-194.

#### François Dagognet. *Sobre Lavoisier. Presentación del «Discurso preliminar» del Tratado elemental de química.*

El “Discurso preliminar”, inseparable del *Tratado elemental de química*, fue escrito en 1789, año revolucionario que impuso a Europa la «química francesa»<sup>29</sup>. Pero ¿en qué reside la innovación? Antes de tratar de responder a la pregunta, evoquemos sumariamente los temas generales del «Discurso», tan llenos de filosofía; él nos propone un cartesianismo reformado, incluso diría invertido, pero conservado de esta forma.

El filósofo del *Discurso del Método* se dedicaba a pensar bien, asegurando que reencontraba así (Dios garantiza la conexión y sirve de intermediario) las leyes o la verdad de las cosas que no sabríamos ni ver ni tocar. Pero Newton debía revelar la irreductibilidad del universo a los principios y sistemas (imaginativos): el mundo es claramente inteligible, pero no está por ello encerrado en mi inteligencia. Lo que va a entrañar una reorganización del cartesianismo, en la que habría de trabajar el maestro de Lavoisier, el abate de Condillac. La metafísica del *cogito*, él la sustituye por la de la inmersión en la naturaleza, siempre organizada e incluso ordenada por Dios. Este será menos probado por la idea, que presupuesto por esta disposición del mundo sensible.

Pero dejemos a Condillac y vayamos a su ferviente discípulo Lavoisier. Él también, en su «Discurso» nos aleja de una filosofía del espíritu en provecho de una filosofía de la naturaleza. Pero comienza sobre todo por un doble radical, desgarrador: requerimos

---

<sup>29</sup> «Los Señores Fourcroy, Berthollet & Guyton –anota Cuvier en su *Reporte* de 1810– merecen compartir la gloria de ese magnífico genio (Lavoisier) pues hicieron que se le diera a la nueva teoría el nombre de ‘química francesa’, bajo el cual ella es adoptada hoy por toda Europa» (p. 79).

renunciar no a lo que la infancia nos enseñó (muy por el contrario, debemos regresar a esa infancia, y pasar del espíritu al mundo) sino a lo que las instituciones, las escuelas, la tradición, los Tratados nos han impregnado abusivamente. Antes lo había dicho Jean-Jacques Rousseau (el químico)<sup>30</sup>; Lavoisier nos quiere poner a la escucha misma de las cosas.

Sin embargo, dos pantallas se interponen entre el niño ingenuo y el universo que conviene volver a captar, a través de la humildad y de la solidez de las impresiones sensoriales o de los instrumentos sensibles: a) la enseñanza recibida –ya lo hemos anotado– pero también las palabras que usamos, transportan los errores más malhechores y llevan al colmo el desorden. A causa de ellas, los químicos no pueden ya intercambiar y las mismas sustancias reciben designaciones diversas, lo que desconcierta el entendimiento y falsea las comunicaciones. Como buen condillaciano, Lavoisier busca la maravillosa coincidencia entre las sustancias y los sustantivos, a la que consagra su *Tratado*, destinado abiertamente a reunir las cosas, las palabras y los espíritus, haciendo que los tres se correspondan y se reflejen los unos en los otros. El proyecto es fascinante: bastaría escuchar para comprender, porque el nuevo vocablo contendrá la verdad de lo que representa. El significado y el significante van a fundirse el uno en el otro, gracias a la nomenclatura racional que será al universo analizado lo que las onomatopeyas son a los ruidos primitivos. En resumen, según el “Discurso”, vamos a asistir finalmente a la confluencia de las cosas, de los signos y de las ideas, de aquí en adelante inseparables, formados los unos sobre los otros<sup>31</sup>.

b) Una segunda nube debe ser disipada, además de aquella de las palabras antiguas; se trata de las pasiones de los hombres y de su subjetividad. En cada pagina (o casi) del “Discurso” el mal es sospechado, acorralado... se trata del amor propio. El universo es un poco como un Discurso universal (o una gramática) que Dios nos tiende. No vayamos a perturbar ese texto con nuestras habladurías individuales. Es la profunda razón por la que Lavoisier le repugna tanto nombrar a los científicos (extranjeros) y reconocerles lo que se merecen. La verdad viene de las cosas, no de las inteligencias que las leen. Todo lo que es humano debe desaparecer, y sobre todo la historia inútil de la ciencia. Lavoisier se considera deliberadamente por fuera del tiempo: se rehúsa a aparecer él mismo, se pierde en la comunidad de los científicos: «El hábito de vivir juntos, de comunicar nuestras ideas, nuestras observaciones, nuestra manera de ver, estableció entre nosotros una especie de comunidad de opiniones en la que a menudo nos es difícil a nosotros mismos distinguir lo que nos pertenece más particularmente » (Discurso).

Por lo demás, el *Traité* de 1789 estuvo precedido por un trabajo colegiado: “el Cuadro de mayo de 1787, propuesto por los Señores de Morveau, Lavoisier, Berthollet & de Fourcroy”.

En resumen: vasto y ferviente regreso a un mundo original, en ese libro bíblico con título para nosotros equívoco: elemental, en efecto, oculta a la vez una preocupación pedagógica (la claridad y la facilidad siempre invocadas) pero también una cosmogónica (a partir de los datos primeros y provisionales indescomponibles, reconstruir los conjuntos y poderlos reencontrar). A decir verdad, el químico hará en sentido inverso el trabajo de la creación; en lugar de engendrar los complejos, los romperá (se ha desterrado el *Ignis mutares*) y descenderá a las raíces, al alfabeto primitivo con el que todo parece haber sido escrito.

<sup>30</sup> Recordemos que Jean-Jacques Rousseau compuso, o más bien dejó un imponente manuscrito, las *Institutions chymiques*, 2. vol. (publicado por los “Annales J.-J. Rousseau”, 1918-9 y 1920-1).

<sup>31</sup> Sobre Lavoisier, que ordena y, que por lo mismo es el primero ordenador (esta vez humano), cf. la nota final, p. 11.

¿Por qué este celebre proyecto conoció una audiencia europea? Tal es la pregunta que nos hemos planteado. En efecto, un poco de historia aplicada al que la rechaza nos mostrará mejor lo que le corresponde a él. Analicemos, al fuego de los textos, la química misma del análisis con el fin de extraer mejor su audacia.

La preocupación por nombrar, sobre bases claras y naturales, no le era privativa. Sin entrar en detalles, muchos químicos antes de Lavoisier habían pensado en esta reforma y la habían parcialmente realizado.

En primer lugar Torbern Bergman, y por razones teológicas por lo demás. Fósiles, piedras y rocas, según el ilustre litógrafo, nos dejan estupefactos por sus irregularidades y sus inverosímiles entrecruzamientos. Con ellos todo parece confundido. Clasificar los animales y los vegetales, como lo hizo Linneo, le parece una empresa relativamente fácil, porque estos seres se individualizan por sí mismos.

Su sexualidad los protege y los aísla. En y con la tierra, todas las mezclas son posibles y allí sólo reina el más oscuro desorden. Además, dado que falta un mínimo de «alma» que los individualice, esos minerales y esas sales revisten una gran diversidad de apariencias; por ejemplo la sílice a la vez cuarzo, cristal de roca, jaspe, spath, etc. O además: «Una piedra de un cierto volumen se coloca en un género particular y esa misma piedra reducida a polvo se la sitúa en otro, que con frecuencia no se encuentra en la misma clase»<sup>32</sup> En suma, el exterior engaña todo el tiempo: aspectos variables, metamorfosis, y sobre todo mezclas petrificadas capaces de reunir de todo. Necesitaríamos ni más ni menos que un soplete para desprender las «moléculas primitivas» aglomeradas, re-aprender la lógica oculta de esos cuerpos informes, o las reglas de esos «juegos de la naturaleza» que se divierte en embrollarlo todo.

Y si no hay dedicación a esto, se terminará por admitir el imperio oscuro del desorden. No solamente importa inventariar y ordenar esta riqueza, sino que conviene inventar una lengua que difunda las luces nuevas arrancadas de las tierras confusas. El “Discurso” de Lavoisier no oculta por lo demás que Bergman y Macquer han sido los primeros en decidir la revolución lingüística; como si se defendiera de tener que ponerle un «gorro rojo en el diccionario», Lavoisier no olvida blandir los nombres (históricos) de esos precursores.

Recordemos que Linneo sólo salvó a Dios, el creador, allí donde él no estaba en peligro; que su reforma de las denominaciones, aplicada a los vegetales y a los animales, le fue sugerida por los propios vivientes. El afuera de estos seres indica sus pertenencias y propiedades, pero las piedras, por el contrario, deben ser quemadas y porfirizadas, pulverizadas. «Deseo, escribe Bergman, que las denominaciones sean en lo posible, conformes con la naturaleza de las cosas. Yo sé bien que las palabras son como las monedas y que los cambios de nombres pueden ocasionar una gran confusión; sin embargo estaremos de acuerdo en que la química, como las otras ciencias, antaño estuvo sobrecargada de nombres muy impropios... importa sobre todo darle a las nuevas sustancias nombres conformes con sus caracteres; por esto, en lugar de la denominación de aire fijo, que propone una idea inexacta, yo empleo la de ácido aéreo...”<sup>33</sup>

Designación bien azarosa y criticable; si existen muchos «ácidos aéreos», se mantiene la confusión con este neologismo, que asimila la especie y el género. Pero Macquer y sobre todo Guyton toman el asunto en sus manos y por lo mismo le abren el camino a Lavoisier. En una Monografía célebre, fundamental, Guyton fijó reglas para la creación de los vocablos químicos, que se le pondrán a las sustancias cada vez más numerosas y nuevas.

---

<sup>32</sup> *Opúsculos químicos y físicos*, t. I, 1780, p. 12.

<sup>33</sup> *Op. cit.*, Discours préliminaire, t. 1. p. xxviii.

### ¿Cómo nombrar?

1. Este signo hablado no deberá, según Guyton, tener que ver con jerga alguna sino por el contrario, expresar con simplicidad la cosa que representará. Los droguistas, apoticarios, artesanos ¿no tendrán que pronunciar ese sustantivo? ¿Se podrán conciliar estas dos exigencias: el carácter científico y el uso popular? ¿Inspirarse en el saber pero conservar las sonoridades usuales?

2. Deberá ser construido en una lengua muerta (que ya no pueda evolucionar, el latín o el griego) pero al mismo tiempo debe plegarse al genio de la lengua nacional. ¿Son compatibles estas dos reglas de la dialectología? «En la elección de las denominaciones que hay que introducir, se debe preferir las que tienen sus raíces en las lenguas muertas más generalmente difundidas con el fin de que la palabra sea fácil de encontrar por el sentido y el sentido por la palabra»<sup>34</sup>, pero «Las denominaciones deben ser sacadas con cuidado del genio de la lengua para las que ellas se han formado»<sup>35</sup>. Guyton pone el ejemplo de una palabra: pide que se reemplace la expresión infortunada de «tierra de spath pesada» por este signo más manejable de «barote», de donde vendrá el epíteto de barótico (que designará las sales).

3. Otra exigencia: el neologismo debe ser liviano, manipulable, no equivaler a una locución cargada (“Una frase no es para nada una palabra”<sup>36</sup>); sin embargo, debe incluir al menos tres posibilidades de variación, un prefijo, un radical más o menos completo, y finalmente un sufijo desprendible y declinable. En estas condiciones, la palabra nueva expresará, si se lo requiere, la composición, su naturaleza y sus proporciones.

Permítasenos aquí abrir un paréntesis: a este lenguaje del que Guyton codifica la invención no le faltan recursos. Pero filósofos de la química, interesados en la cuestión metodológica de saber por qué y cuándo el grafo o la fórmula escrita tendría que reemplazar la forma sonora, manifiestamente desbordada, muy rápidamente subestimaron o desconocieron «la química hablada». No pensamos que la introducción próxima (desde comienzos del siglo XIX, o incluso desde fines del XVIII) de las nociones estequiométricas y electrovalenciales hayan forzado este paso a la «escritura», por la simple razón de que el lenguaje oral ofrecía amplias posibilidades de modulaciones. Por ejemplo se puede, y se pudo, designar al mismo ácido (HCl), en el origen de una verdadera batalla química, de cinco maneras que especifican esos grados: anídrido hipocloroso, cloroso, ácido hipoclórico, clórico, hiperclórico o perclórico. Pronto se tendrán los proto-, sesqui-, bi-, tri-, per- óxido, etc.<sup>37</sup>. Como lo desea Guyton, la palabra, sin hacerse muy pesada, sabe cambiarse de signos vocales que significan los niveles y cantidades.

4. Regla para respetar mucho más difícil: la palabra adecuada debe designar, pero también «estar vacía». Intuición genial: Guyton siempre le temió a ligar en demasía en un baño de teoría, a la sustancia y al sustantivo. Él quiere entre ellos una conexión menos apretada, y por este mismo hecho más duradera. Desde 1780, se oponía en este punto a Bergman: «Si estos nombres que uno puede llamar significativos tienen la ventaja de aligerar la memoria, ellos casi siempre son más dañinos que útiles para la ciencia. La especie de definición que contienen nunca puede ser exacta, porque al tiempo de que se comienza a nombrar las cosas, se está bien lejos de conocerlas suficientemente para definirlas, y que a

<sup>34</sup> *Observations sur la physique*, mayo de 1782, *Mémoire sur les dénominations chimiques, la nécessité d'en perfectionner le système et les règles pour y parvenir*, p. 375.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 376.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 373.

<sup>37</sup> Cfr. nota final.

medida que se descubren sus verdaderas cualidades esenciales, esos nombres se encuentran en oposición con las ideas que deben evocar...»<sup>38</sup> Por supuesto, ninguna alusión a las esencia o a las relaciones, con el temor de enunciar falsos reportes o relaciones que, al día siguiente, se revelarán ¡insignificantes o inesenciales! Sin embargo, el vocablo deberá ser específico, característico, consustancial. Guyton quiere disponer de un porvenir en el interior mismo de la palabra; sueña con un enlace pero que no sea un encadenamiento. Sin embargo, ¿podremos mantener este equilibrio de una asociación libre y duradera? Los comienzos de la reforma lingüística, que sustituyeron un caos por otra torre de Babel, están sembrados de obstáculos, entregados a las antinomias.

5. La nomenclatura de Guyton se reclama aún de otras dos reglas contradictorias o casi incompatibles: repleta de analogías (pocas palabras, dado que la mayor parte de las materias resultan de combinaciones) pero paralelamente, tan extensa como lo exija el número de los cuerpos que por lo demás aumenta prodigiosamente, puesto que cada uno debe tener su «etiqueta». Pocos signos pero muchos caracteres o idiomas, o también, un pequeño número de letras al mismo tiempo que una multiplicidad de neologismos; la tarea no es nada fácil. Y Lavoisier, un poco mas tarde, en su celebre *Tratado de química*, a pesar de sus declaraciones preliminares, se encargará de embrollarlo todo y de cuestionarlo, porque quiere a la vez renovar pero no revolucionar. Hagamos una simple cita que justifica nuestra anotación: «El azoe es verdaderamente el radical nítrico, ó el ácido del nitro es un verdadero ácido azoético. Es claro que para ir consiguientes con los principios que hemos establecido, deberíamos haber adoptado alguna de estas dos expresiones; pero no lo hemos ejecutado por parecernos difícil variar el nombre de nitro ó de salitre, adoptado generalmente en las artes, en la sociedad y en la Química; y por creer que no debíamos dar al azoe el nombre de radical nítrico, siendo también la base del álcali volátil ó álcali amoniacial, como lo ha descubierto Berthollet. Continuaremos pues dando el nombre de azoe á la base de la parte no respirable del ayre de la atmósfera, que al mismo tiempo es el radical nítrico, y el radical amoniacial»<sup>39</sup> Texto revelador, que exhibe por lo demás un sofisma: Lavoisier acepta tres «palabras» para un mismo elemento y se rehusa a escoger, porque en suma el proteo este bien podría surgir aún en otros compuestos (Berthollet lo acaba de apercibir de nuevo en el álcali). Entonces que el “Discurso” predique la simplicidad y la claridad, se pronuncie a favor de las escogencias más claras, declare una guerra santa a los usos y a las anfibologías..., y el *Tratado* hace de las suyas y enfrenta la regla que predica. Y este es apenas un ejemplo de indeterminación.

Si por tanto se nos puede conceder que no fue Lavoisier el que concibió este proyecto de un lenguaje químico articulado y sistemático, tampoco vamos a poderle seguir atribuyendo la idea que subyace al proyecto: la concepción escalar de las sustancias. Macquer, en efecto, lo había desarrollado antes de él y bien claramente. Para el autor del celebre *Dictionnaire de chymie*, el problema central es descubrir los constituyentes de los que ha salido todo el resto por composición. Y Macquer describió con complacencia las diversas operaciones de análisis, -disolución, destilación, precipitación, extracción, sublimación, etc.- que permiten difractar los conjuntos o mixtos. «La unión de las partes heterogéneas forma la composición o combinación propiamente dicha, y su resultado constituye el compuesto; esas partes se llaman o deben llamarse partes constituyentes o componentes, o principios de los cuerpos. Es sorprendente hasta qué punto ha sido descuidada esta división, fundada en la naturaleza

<sup>38</sup> Anotación incluida en Bergman, *Opuscules physiques et chymiques qu'il a traduits*, 1780, t. I, p. 3.

<sup>39</sup> *Tratado elemental de química*. Madrid: Imprenta Real, 1798, p. 55.

de las cosas y de una necesidad indispensable para tener ideas claras y un lenguaje inteligible en las teorías físicas y químicas...»<sup>40</sup> La única diferencia entre Macquer y Lavoisier -y aún está habrá que debilitarla- viene de que el primero considera como fundamentos «el fuego, el aire, el agua y la tierra»<sup>41</sup> que el segundo busca disociar. Para los dos, los cuerpos resultan de adiciones; poco a poco uno se eleva de los minerales «universales» a los vegetales y a los animales, que se parecen más a «simples». Y así mismo como en el *Tratado elemental de química*, la fermentación (plantas y jugos) y la putrefacción (animales) han recibido una amplia consideración, en el *Dictionnaire* también, tanto la una como la otra degradan y liberan. La Naturaleza viene a socorrer el arte del fuego, para descomponer los conjuntos complejos, difícilmente fraccionables<sup>42</sup>...

Nos hemos acostumbrado a reservarle a Lavoisier elogios que en realidad terminan volando hacia otros.

Se le acredita, por ejemplo, el descubrimiento del oxígeno y del hidrógeno. Indiscutiblemente él nombró a estos recién llegados en la lista de los simple (o fundamentos); por lo demás, el bautismo fue malhadado. El primer vocablo (oxígeno) no expresa la transparencia soñada entre las sustancias y los sustantivos, sino que implica y propaga un sistema defectuoso. (El oxígeno, causa de la acidez o generador de ácido, οξύς, picante). El segundo -hidrógeno- sufre igualmente la discusión y mantiene la discordias. Primero, ¿porque la química del análisis se empecina tanto en construir signos designativos que tanto recuerdan síntesis? Pero sobre todo ¿por qué vincular el gas inflamable o «el artificial» con el agua, cuando este constituyente entra en muchísimos otros compuestos, de manera más intensivas? Más abundante proporcionalmente en el aceite que en el agua ¿no hubiera sido mejor llamarlo «Eléogeno» (ελαῖον, aceite)? se pregunta de la Metherie, el enemigo jurado de los neólogos. La nueva nomenclatura rompe la unidad que buscaba, intercala un vaho filosófico entre la realidad y los signos que deben reflejarla; estos a su vez llenarán de brumas a los espíritus. La química de lo simple et de lo natural, que quiere deletrear el texto primero, no puede evitar las convenciones y sus artificios.

Sobre todo, no podremos discutir que el gas deflogisticado (el O) y el inflamable (el H) han sido aislados, el primero por Priestley, y, el segundo por Cavendish. A lo sumo habrá que reconocerle a Lavoisier la extensión al agua (adición) de lo que los ingleses, grandes «manipuladores de espíritus» habían establecido para el aire (mezcla). En su *Mémoire* de 1783, «en la que se tiene por objeto probar que el agua no es de ningún modo una sustancia simple, un elemento propiamente dicho, sino que es susceptible de descomposición y de recomposición»<sup>43</sup>, el propio Lavoisier se ha explicado sobre las circunstancias y razones que lo han encaminado a esta verdad; por supuesto que fue la fuerza de una analogía la que lo empujó dado el sistemático resuelto que él es. Dado que la mayor parte de los gases conocidos que arden en el oxígeno dan anhídridos o ácidos (C,S,N,) ¿no debe el hidrógeno, a su vez, convertirse en un ácido? Pero Lavoisier sólo puede obtener agua (en verdad, para la química ulterior, bajo ciertos respectos y por razones que contradicen por lo demás el sistema lavoisiano, esta agua puede ser una especie de ácido). «El agua, escribe Lavoisier, no daba ningún signo de acidez... Estos resultados me sorprendieron tanto más cuanto que había reconocido anteriormente que, en toda combustión, se formaba un ácido, que dicho

<sup>40</sup> *Dictionnaire de chymie*, 2<sup>a</sup> ed. 1788, t. IV, p. 307-8 (§ Ordre des articles).

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 310.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 329.

<sup>43</sup> *Mémoire*, Oeuvres de Lavoisier, 1842, t. II., p. 337.

ácido era vitriólico si se quemaba azufre, ácido fosfórico si ardía fósforo, aire fijo si se quemaba carbón; y que la analogía me había llevado invenciblemente a concluir que la combustión del aire inflamable debía igualmente producir un ácido»<sup>44</sup>.

El oxígeno, -precisamos añadirlo al asunto- si bien es cierto no fue *materialmente* aislado y reconocido por Lavoisier (Priestley & Cavendish se le adelantaron ampliamente), sin embargo si fue formalmente comprendido y representado por él. En lugar de considerar al aire que se ha vuelto irrespirable como infectado, y al cuerpo carbonizado por deslastrado de su principio inflamable, Lavoisier escribió en sentido inverso los dos fenómenos inseparables. Cambia los signos algébricos de las sustancias que entran en la reacción: lo que el aire perdió (y no recibió), el metal calcinado lo ha absorbido (él no abandonó nada). Se reencuentra en el segundo miembro de la ecuación lo que ya no se apercibe en el primero. La operación efectuada consiste en un simple desplazamiento, favorable a la vez a la lógica condillaciana de la identidad, a la filosofía química de los signos, a la economía de los intercambios. En el libro de cuentas de la naturaleza armoniosa, donde las mercancías circulan, las entradas corresponden a las salidas. Ninguna llegada real, ninguna partida posible, para el químico-financista.

Al respecto, la primera *Mémoire* nos parece reveladora, y las siguientes se inspiraron todas en su manera de razonar y de interpretar; contra lo que han creído Boyle & Newton, sin aceptar incluso la hipótesis mas verosímil de Boerhaave (retomada a su vez por J.-J. Rousseau), Lavoisier puede mostrar en ella que el agua (que enseguida debía analizar) no se metamorfosa en tierra. Le es suficiente con pesar “el sistema entero”; el peso du pelicano en donde la conversión parece haber tenido lugar no ha ni disminuido ni aumentado. Hay que admitir pues la realidad de una simple transferencia (con cambio de signo: el menos del uno se ha vuelto el más del otro). En la experiencia aparentemente positiva, el agua disolvió el vidrio que entra en la reacción-circuito.

De golpe, creemos poder precisar cuál fue el aporte de Lavoisier.

Nos pareció indispensable, so pena de perderlo, separarlo de la cohorte de los químicos que lo preceden, exploradores apasionados, empíricos hábiles que efectivamente aislaron elementos difíciles de estabilizar o de extraer (Margraff, Scheele, Priestley, etc.). Lavoisier se sitúa en otra parte: él no encontró nada, sino que se esforzó por reunir y clasificar. Con él, la química cambia de naturaleza o de estilo: deja de buscar lo que se ignora todavía y se dedica a poner en orden lo que se conoce. Y si no descubre más, en el sentido material del término, construye el Cuadro (formal) donde vienen a colocarse los elementos.

Por esta vía, él no se parece a los que esforzaban antes de él por “poner en su lugar” solamente y “etiquetar”. A pesar de que aparezcan expresiones comparables, aflora en el *Tratado* un dibujo mas radical. Hasta entonces, los químicos (aristotélicos) permanecían atados a la creencia en una jerarquía natural (mineral, vegetal, animal); pensaban alinear los cuerpos siguiendo su grado de complejidad y de organización, y a consecuencia de ello les conferían un «nombre». Lavoisier supera esta manera de distribuir; él simplifica. Cada sustancia no solamente es un compuesto sino la suma de los que la preceden, un apilamiento que conviene desmontar, o una palabra que habrá que reducir a sus letras. El agua, si hay necesidad de eso, se revela ser una adición de dos simples, un diptongo.

La nomenclatura sale de acá transformada. Si la multiplicidad pletórica de los cuerpos se reduce a yuxtaposiciones de algunos simples (que además se revelan susceptibles de descomposiciones), se vuelve entonces posible fabricar un léxico racional.

---

<sup>44</sup> *Ibidem.*

Por esto el entusiasmo de Lavoisier que al menos clasificó o puso en columnas las sustancias materiales de las que descubrió las leyes por las cuales se puede progresivamente engendrarlas y por ende nombrarlas. El cuadro de los emplazamientos respectivos no representa ya las gradaciones de la naturaleza y sus líneas, sino que implica sobre todo una filosofía de la constitución de los mixtos. En otros términos, Lavoisier no nos ofrece una clasificación (empírica) sino una clasificación metódica (un sistema). AB, por ejemplo, debe ser considerado como A + B. No es verdaderamente otro, uno nuevo, sino una reagrupación de A y B. Por consiguiente se lo deberá disponer luego de A y B, pero no por su riqueza (que la tiene) sino porque de ellos ha derivado. Y si A y B dan AB, a este último se le puede (eventualmente) asociar aún A o B, de donde aparece ABA o ABB, conjuntos ternarios; luego los cuaternarios. Y Lavoisier hace una remarcia central y casi cartesiana: el universo se divide en series regulares y la química evoca una matemática natural del orden, una ciencia de los números o de las líneas (aritmética o geometría elementales). Cuando se trate de la reacción misma, Lavoisier prefiere recurrir al álgebra o a la ecuación, pero las dos comparaciones se recortan: la una sólo es posible por la otra. Si tenemos AB, es porque el aire (que se ha vuelto B) cedió B que puede juntarse con A. La combustión (oxidación) realiza una sustracción y una adición, puesto que «nada se pierde ni nada se crea».

El oxígeno se sitúa en el corazón de esta filosofía química de la asociación aditiva (de la que la nomenclatura y el Cuadro sólo son corolarios): este simple es el «mediador» por excelencia, el elemento que, combinado con los otros, los forma o los define. Con un radical (gas ou metal) da primero un óxido. Un poco más de él, y obtenemos, según Lavoisier, un ácido débil (terminación en -oso). Un poco más, un ácido fuerte (terminación en -ico). Finalmente, en algunos casos, sobre-oxygenados. Esta ley (especiosa) de composición creciente nos provee no tanto un ejemplo como un modelo con el que el resto debe comprenderse o concebirse. Y acá un detalle que no hay que descuidar: fue porque quiso aplicar esta regla al hidrógeno<sup>45</sup> que Lavoisier encontró o reconstituyó el agua.

Pedimos que se nos permita repetirlo: ¿quién no había sentido la urgencia de una nomenclatura y de una clasificación? Pero Lavoisier lo que hizo fue ir más lejos, revolucionó estas dos tareas, porque la combustión (que reúne el fuego, el agua, la tierra y el aire) le mostró que los compuestos se crean por yuxtaposición o aglomeración. De la misma manera, las palabras sólo se arman de letras. Para comprender el mundo, ordenarlo y reflejarlo en un discurso que lo entregue, es suficiente con fraccionarlo y recuperar el alfabeto con el que ha sido compuesto. Por esto ese elogio constante de la simplicidad natural, de lo «elemental», a la vez completamente cosmogónico (todo se deriva de ello), pedagógico (hay que reaprender a leer y a hablar) y unitario (en la serie, lo mismo no cesa de añadirse a lo mismo).

Proyecto típicamente cartesiano, aunque expresado en términos que condenan el racionalismo (imaginativo) y los sistemas, con el fin de regresar a la naturaleza primera. Pero Condillac asegura la transición entre los siglos XVII y XVIII; él remodeló la metafísica clásica y colocó dentro de las cosas la organización y los enlaces que la inteligencia creía apercibir en sí misma y por medio de ella sola. La sensación sustituye al entendimiento y puede engendrarlo tanto mejor cuanto que ella conserva el aspecto y ha sido concebida en función de él. Dios ya no está en nosotros sino que es atisbado o adivinado a través de lo sensible. El universo fue dispuesto por él. Por esto la ciencia experimental puede marchar con un paso tan conquistador, generalizar (ni Condillac ni Lavoisier dudan de la fuerza de la analogía) e identificar. El orden de la naturaleza debe poco a poco ir calcándose en nosotros

---

<sup>45</sup> Cfr. *op. cit.*, p. 185.

y poderse representar por medio de signos que lo condensen. En Lavoisier que se imagina estar expulsando la metafísica y sus frívolas construcciones, percibimos numerosos temas cartesianos. Su química corrige pero sin embargo recupera aquella filosofía que censura: 1) por esto el mundo se expone en un cuadro que ilumina su ordenamiento, las proporciones y sus grados regularmente crecientes. 2) Lavoisier celebra y practica la generalización: a partir de algunos casos conocidos (cuando no de un solo caso si este es esencial), sacar y enunciar la ley de la serie. 3) La unidad de las ciencias permite asimilarlas a una ciencia de las relaciones, una combinatoria, y no volver a separar la química de la geometría elemental. 4) Ya no funcionará más la cantidad de movimiento (constancia demasiado abstracta) que permanece, sino la masa de los elementos que todo el tiempo forman torbellinos, viajan los unos en los otros (conservación de los pesos).

Sobre todo un dominio manifiesta este racionalismo nuevo, ya no imaginario sino real, como si el de las *pesas* <pesées> tomara por fin el lugar de los *pensamientos* <pensée>: la calorimetría. Se revelaba así que 1) todos los cambios de forma o de estado (solido, líquido, gaseoso) están ligados a la absorción de una cierta cantidad de calórico. El *Tratado elemental de química* comienza por aquí, a tal punto todo el resto depende de ello. 2) La mecánica va de aquí en adelante a penetrar y explicar el juego de las (aparentes) metamorfosis materiales: la *Mémoire sur la chaleur* (de Lavoisier y de Laplace, 1780) absorbe deliberadamente lo químico en lo térmico, y a éste en lo cinético y las leyes de las fuerzas vivas. «Si, en una combinación o en un cambio de estado cualquiera, hay una disminución de calor libre, ese calor reaparecerá enterito cuando las sustancias retornen a su primer estado y, recíprocamente, si, en la combinación o en el cambio de estado, hay un aumento de calor libre, este nuevo calor desaparecerá en el momento del regreso de las sustancias al estado primitivo»<sup>46</sup> 3) Sin embargo maticemos, puesto que los cuerpos poseen capacidades de absorción y de restitución muy desiguales, que han podido engañar a las calculistas y falsear los métodos de medida. Esta especificidad o esta latencia impiden ecuaciones térmicas demasiado inmediatas, válidas para la sola calor libre. «Si suponemos dos cuerpos iguales en masa, y reducidos a la misma temperatura, la cantidad de calor necesaria para elevar en un grado su temperatura puede no ser la misma para esos dos cuerpos»<sup>47</sup> (ley de especificidad). «En los cambios causados por el calor al estado de un sistema de cuerpo, siempre hay absorción de calor, de suerte que el estado que sucede inmediatamente a otro, por una adición suficiente de calor, absorbe este calor sin que el grado de temperatura del sistema aumente»<sup>48</sup> (ley de latencia). 4) Y existe otra ley más perturbadora: la sincristalización. «El paso de los cuerpos de un estado al otro, por la acción del calor, debe presentar fenómenos muy singulares, que tienen que ver con las leyes de equilibrio del calor»<sup>49</sup>. Para esquematizar podemos decir que, en este caso, una ligera adición es suficiente para modificar el estado de equilibrio de un sistema, como por ejemplo cuando el fluido se solidifica. Esta brusca modificación también entra en las leyes de la transmisión o de la repartición del calórico. Este último puede pues compararse con el oxígeno químico, así no lo sobreparese; como él, incluso podríamos decir que mejor que él, permite reducir la química a una ciencia de adiciones y de relaciones. Según su presencia y su cantidad, él justifica la fase material, su estabilidad y su grado. Por lo demás, uno y otro se fundan: la combustión

---

<sup>46</sup> *Mémoire citada*, p. 287.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 289.

<sup>48</sup> *Id.*, p. 314.

<sup>49</sup> *Id.*, p. 315.

oxidativa implica tanto el calórico como el aire vital. Una doble mecánica que da cuenta tanto de los cambios de estado como de los desplazamientos de elementos.

Y el animal-máquina, por primera vez realizado, se comporta igualmente como el metal o los gases combustibles: por esto se explica también claramente la necesidad de la respiración como el desprendimiento de calor (animal).

Seguramente los trabajos de Black han precedido Lavoisier, pero este les ha dado un giro nuevo; Black se dedicaba sobre todo a diferenciar las sustancias (capacidades desemejantes) mientras que Lavoisier, con los mismos resultados, se empecinaba en reabsorber lo químico en lo mecánico, en escribir esas ecuaciones igualitarias y en anular por este hecho las particularidades. Por así decirlo, las palabras no existen; se resuelven en letras (análisis) y respetan reglas sintácticas de construcción (terminología).

El Universo en su totalidad termina por exponerse ante nosotros, enteramente reductible; las sustancias han perdido su noumenalidad que la química previa preservaba y creía alcanzar (la tintura, la que nada podrá arrancar, la aleación que suelda profundamente, la cocción irreversible, íntimamente formadora, etc.); de ahora en adelante se hacen y se deshacen a voluntad, no disimulan ya nada, ni siquiera son lo que ellas nos aparecen, un poco menos aún, puesto que se deshacen y descubren sus constituyentes aglomerados. Nunca fue tan rebajado el mundo, por el hecho mismo de que Lavoisier descubría a su pesar quizás, esta ley de la creación divina: algunas naturalezas simples, pero una infinidad de combinaciones. Y estas mismas no pueden efectuar sino adiciones o sustracciones -simples desplazamientos espaciales. De aquí también, con Lavoisier, esa desconcertante mezcla que caracteriza al “Discurso preliminar” (condillaciano): de una metafísica sub-yacente que hace posible, afuera, el rechazo de toda metafísica. Empírica puesto que racional, o además fiel a la sensación, puesto que lógica. Lavoisier nos sorprende con esta filosofía ingenuamente acompañada de un rechazo de toda filosofía. A nombre de lo cual, infortunadamente, sus sucesores, olvidándose del conjunto, creerán poder autorizarse de él con el fin de barrer rabiosamente las hipótesis aventureras. En Lavoisier, el culto de la facticidad supone una filosofía, así como su rechazo; él quema lo que adora, sigue al cartesianismo (revisado) al que vitupera en palabras. Los positivistas de la química equivalencial cometerán el contrasentido de descuidar uno de los temas o aspectos. Ellos sólo se quedarán con el segundo, el declarado o incluso el declamado en el “Discurso” (aferrarse a lo únicamente sensible), sin darse cuenta de que sólo hay razón de ser por el primero, o por el subentendido. Caen en un fenomenismo cada vez menos inteligible, superficial e intolerante, pronto imposible. Mientras que las alertas de Lavoisier se explican (lo dado está ordenado), posteriormente cuando ellas se desprendan de su fundamento, se desagregarán en polvo. Nos parece indispensable sorprender este profundo malentendido, reconocer este desliz de la química; ella va de una religión oculta o supuesta, incitadora de la ciencia, a una ciencia que idolatra, que se encierra en lo positivo, condena la transcendencia, el espíritu que supone y la religión misma. La una (la religión que entraña la ciencia) encamina hacia la otra (una ciencia que prohíbe la religión), que la niega cuando ella le debe sus conceptos y su existencia.

Pero ¿no habremos caído en la plena gratuidad, en la fantasía? A guisa de defensa y de conclusión, queríamos retener un pasaje del “Discurso”, difícil de interpretar, si se rechaza nuestra tesis. E incluso con ella, él sigue siendo enigmático.

Es un momento muy extraño, en el que Lavoisier, en el “Discurso”, se niega por supuesto a sobrevolar las experiencias (nada de «alejamientos») y a abandonarse a hipótesis o suposiciones inverificables. Y sin embargo escribe lo siguiente: «Habiéndome propuesto

seguir con todo rigor esta ley... de no concluir nada más allá de lo que presenten los experimentos... no puedo comprender en esta obra aquella parte de la Química, que *quizás*<sup>50</sup> llegará a ser un día la más exacta, y es la que trata de las afinidades químicas ó atracciones electivas»<sup>51</sup>. El «*quizás*» es elocuente. «La ciencia de las afinidades, continua Lavoisier, es respecto á la Química ordinaria, lo que la Geometría trascendental respecto á la elemental; y me ha parecido que no debía complicar con tan grandes dificultades unos elementos, que por su sencillez y claridad serán comprendidos, según espero, por una gran parte de los lectores»<sup>52</sup>. Este pasaje merecería una larga exégesis, pero indiscutiblemente, en momentos en que compara esta parte de la química con el cálculo o con la geometría de curvas, lo que está haciendo es un elogio. Y además Lavoisier le mezcla una confesión sorprendente para disculparse de su silencio: «M. de Morveau está para publicar el artículo *Afinidad* en la Enciclopedia metódica y he creído no debía trabajar sobre el mismo asunto en competencia con él»<sup>53</sup>.

Estas anotaciones aventajadas sin embargo están mezcladas de reservas furtivas. Un poco antes, en el “Discurso”, Lavoisier escribe que la tabla de las afinidades provee una base errónea a la química, y por vía de consecuencia pone en peligro su enseñanza. En efecto, el único medio de prevenir el error, está dicho contundentemente, «es suspender, ó á lo menos simplificar todo lo posible nuestro raciocinio, que es el que puede conducirnos al error»<sup>54</sup>. Aquí, la celebre «simplicidad» se reviste de un tono dogmático agresivo: lo simple ya no es lo fácil, eso que hasta los «niños» pueden entender; es lo verdadero y lo conforme con la naturaleza. Precisamente, la tabla de las atracciones tiene cosas de lo imaginario e introduce «suposiciones». En los endiablados Cursos, «se empieza á tratar de los principios de los cuerpos, y á explicar la tabla de las afinidades, sin advertir que es necesario... servirse de voces que aún no están definidas, y suponer instruido ya en la ciencia á los que se trata de enseñar»<sup>55</sup>. E imposible de poner ese dogma (de las afinidades) los pies en tierra, sobre el suelo que es preciso no abandonar nunca, puesto que, algunas líneas más adelante, Lavoisier no lo disimula: «Los datos principales faltan, o al menos, los que tenemos no son aún bastante precisos ni suficientemente ciertos»<sup>56</sup>.

¿No es este un alegato turbado? Si esta ciencia se desarrollará en el porvenir, ella pertenece también al pasado de la escolástica. Si ella se compara con la geometría transcendente, ella se apoya igualmente sobre principios bastante vagos, puramente teóricos pues, según la lógica del “Discurso”, imaginarios y especiosos. Si ella no está expuesta, ¿es claramente en razón de su dificultad o porque es así de sofisticada? Pues nadie tomará en serio la preocupación alegada de no ir a competir con M. de Morveau con el que Lavoisier publicó, en 1787, una obra colegial.

Si verdaderamente las citas que hemos hecho manifiestan un malestar, necesitamos aclararlo, por no decir justificarlo.

Se hubiera podido esperar a que Lavoisier retomara la química de las afinidades, a la que él le promete un porvenir glorioso. Todos los clasificadores sólo sueñan con poderse apoyarse sobre los cortes reales, las familias naturales, los parentescos percibidos, por

<sup>50</sup> Es Dagognet el que subraya, con el fin de llamar la atención.

<sup>51</sup> *Discurso*, pp. VIII-IX,

<sup>52</sup> *Ibidem*.

<sup>53</sup> *Ibidem*.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. VI.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. VII.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. VI.

supuesto los enlaces regulares. ¿Qué más útil? El universo parece indicar los reagrupamientos y manifestar su orden. Y los escrúpulos «ideológicos» de Lavoisier se explican tanto menos cuanto que él sólo jura, en su obra por la «afinidad», y no cesa de recurrir a ella.

Sin embargo, Lavoisier no clasifica las sustancias, según nosotros, y sólo las nombra secundariamente, de carambola. Primitivamente, él unifica, por tanto simplifica. Cartesiano, mas que newtoniano, pero de un cartesianismo que Newton ayudó a situar en las cosas, mientras que previamente, según los falsos revoltosos, él solo vivía en el espíritu o la imaginación incontrolada. Lavoisier se regresa sobre Lémery mas de lo que sigue a Macquer o a Bergman. En 1775, anota Macquer<sup>57</sup>, aparece una obra que reanima la querella mal extinguida; se titula: *Que le système des affinités est une belle chimère plus propre à amuser nos chymistes scolastiques qu'à avancer cette science*. Sin ir tan lejos, Lavoisier desconfía de la afinidad porque ella introduce oscuridad y fuerzas en el mundo, impidiendo por este hecho: a) la espacialización de los intercambios y su libertad, b) la constitución rigurosamente aditiva de los combinados, c) la química de la igualdad reversible, d) la pura mecánica de los intercambios y de los estados. El parentesco (o la atracción) destruye la creencia en un universo homogéneo, deshabitado, donde «nada nuevo sucede» y donde sólo se producen transferencias. Curiosamente, Lavoisier, dado que es un determinista absoluto, un adepto de la mecánica estricta, postula la libertad de los elementos, en el sentido en que cualquiera de ellos debe poder, en el límite, asociarse con todos los otros. El laboratorio puede realizar enlaces aún desconocidos. Sobre todo la variedad de los compuestos no debe enmascarar la posibilidad de su convertibilidad de los unos en los otros. Por ejemplo, Lavoisier enumera los ácidos de la química orgánica, pero él cree que su número irá disminuyendo, que pronto aprenderemos a pasar del uno al otro (gracia a un apilamiento cualquiera o a añadidos). La unidad del mundo, su transparencia, su profunda simplicidad desvían la mirada de los enlaces específicos o preferenciales.

Sería bien tentador para un clasificador poder servirse de esas adhesiones o de esas inclinaciones que la naturaleza tiene, pero, primero, el propósito de clasificar pronto se vería limitado, y sobre todo que se perdería todo el resto: la teoría cartesiana de los «simples» que se aglomeran provisionalmente en un puro espacio vacío, a tal punto desértico que el método no tropezaría con nada y nosotros podríamos así reconstruirlo todo o descomponerlo todo.

Para Jhonny

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, junio 8 de 2020

---

<sup>57</sup> *Op. cit.*, t. I, p. 67 (artículo: *Affinite*).